

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N. 8.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n. 10, en Paris.

SUMARIO:

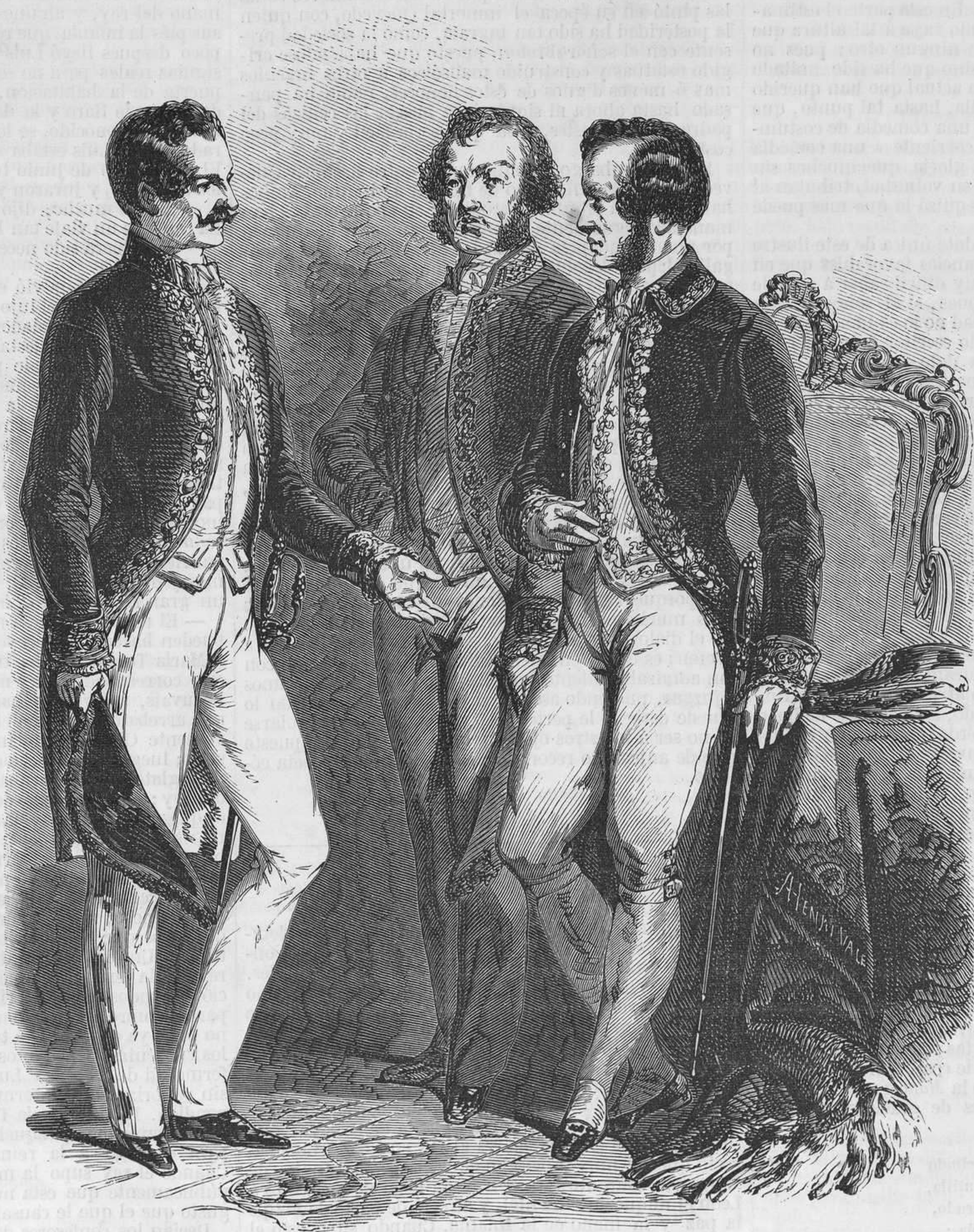
Poetas españoles contemporáneos: Don Manuel Breton de los Herreros. — **Trajes de la corte de Francia:** grabado. — **María Teresa.** — **Boletín científico.** — **Un paseo por el Levante:** grabados. — **La Venganza de los Difuntos:** novela. — **Los Queseros:** grabados. — **D. Juan de Lanuza:** poesía. — **Historia de la Semana.** — **Revista agrícola:** grabados. — **Las primeras impresiones de la Vida.** — **El Simbolismo caballeresco.** — **La Pistola-revolver:** grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Como indiqué en el número pasado, la opinion pública extraviada respecto al estado de las letras en España á consecuencia de esos fallos soberanamente pronunciados por la pasion ó la ignorancia, no sabe á que atenerse en el laberinto confuso de juicios tan encontrados, y mientras á favor de esta anarquía de las ideas, algunos niños mimados por la fortuna gozan una reputacion superior á la de los verdaderos hombres de mérito, los extranjeros tratando con igual desden á los unos y á los otros, condenan al olvido y al desprecio todo lo presente, no haciendo sino muy á despecho alguna concesion al pasado, y negando rotundamente el porvenir de la poesia al país de los poetas.

Contrayéndome al presente, diré que los que con tanta severidad nos juzgan desconocen completamente nuestras obras, y nos juzgan con insigne injusticia, porque si para dar consideracion á una época artística ó literaria basta la aparicion de un hombre de superior talento, la España moderna merece esta consideracion, puesto que desde su



Trajes de la corte de Francia.

guerra de la independenciam hasta nuestros dias puede presentar, entre otros, los nombres de Quintana, Gallago, Arriaza, Larra y Breton de los Herreros, de los

siones mas ó ménos embozadas, pertenecerian al numero de los fenómenos inexplicables. Sean cualesquiera las causas, lo cierto es que muchos escritorzuelos sin co-

cuales cada uno basta á la vindicacion literaria de un siglo. No es mi animo por hoy hablar de todos estos poetas, porque al dar á estos artículos el epigrafe general de «poetas españoles contemporáneos» he querido manifestar mi deseo de juzgar solo á los escritores existentes, dejando el fallo de los otros á la posteridad que ya ha llegado para ellos, pues aunque algunos existen aun, hace ya muchos años que murieron para las letras. Empiezo, pues, mi revista por el señor Breton de los Herreros, que es, en mi concepto, el hombre mas notable de su tiempo y el que por esta razon tiene mas necesidad de reparar las injusticias que á su época ha merecido. Si no tuviere este apreciable autor mas motivos de queja que los que todo hombre experimenta cuando no le dan fuera de su patria la debida importancia, podria fácilmente consolarse, porque cuando todo un pueblo es víctima de un concepto equivocado, nada tiene de extraño que lo sean sus individualidades; pero el señor Breton debe abrigar naturalmente resentimientos de esos, que la razon no puede perdonar aunque el corazon quiera olvidarlos; porque el señor Breton á quien la experiencia propia ha demostrado la terrible verdad, de que nadie es profeta en su patria, ha tenido el sentimiento de no verse nunca justamente apreciado por sus compatriotas y, lo que es mas doloroso para un hombre de clara inteligencia, ha visto posponer sus obras á las de algunos mal llamados ingenios cuyos triunfos, si no vivieramos en tiempos de pandillaje grosero y de pa-

nocimiento siquiera de su lengua se han labrado una fama superior á la de Breton, llegando la ignorancia y la injusticia no solo á tributar incienso á los ídolos falsos sino á tributarlo en perjuicio de los que tenían y tendrán á los ojos de la posteridad un mérito indisputable. A tanto ha llegado en nuestros días el extravío de la opinión; á tal punto nos ha conducido la ausencia de la crítica y la falta del criterio.

Si la pedantería que muchas veces usurpa la plaza de la crítica, me dice para refutar mi opinión que el señor Breton de los Herreros no tiene punto alguno de contacto con Sófoles y Eurípides entre los griegos, ni con el inglés Shakespeare, ni con los mismos poetas españoles, Calderon y Lope de Vega, contestaré aunque esto no merezca la pena de contestarse.

No se parece á los citados vates griegos, porque nunca ha pensado en escribir tragedias, género que lo mismo en España que en Francia y en la misma Grecia donde tuvo su cuna es hoy un verdadero anacronismo.

No se parece á Shakespeare, porque tampoco el clima de España se parece al de Inglaterra, lo cual no impide que bajo uno y otro cielo haya frutos dignos de la mayor estimación.

No se parece á los mismos poetas españoles del siglo diez y siete, porque tampoco se ha propuesto seguir el mismo rumbo que aquellos, y porque también son muy diferentes las costumbres que ha pintado de las del tiempo de Felipe IV.

No se parece, en fin, á ninguna de las notabilidades cómico-dramáticas que el mundo ha presentado hasta él, ni aun al mismo Moliere que brilló exclusivamente en la comedia, porque en todos los grandes talentos son distintas las vías de manifestación, y en esto consiste principalmente el mérito del señor Breton de los Herreros, pues en el momento en que tuviese algun parecido con otro autor cualquiera, dejaría de ser una especialidad.

La originalidad ha sido siempre la dote mas esencial de los grandes hombres, y la originalidad es la dote mas recomendable del señor Breton. En esta parte el estimable autor de que vamos hablando raya á tal altura que difícilmente pudiera excederle ningun otro; pues no solo no ha imitado á nadie, sino que ha sido imitado por todos los poetas de la época actual que han querido invadir el terreno de la comedia, hasta tal punto, que para hablar hoy en España de una comedia de costumbres, suele decirse como cosa corriente « una comedia del género de Breton. » Y esta gloria que muchos sin saber porqué y tal vez contra su voluntad, tributan al señor Breton de los Herreros es quizá la que mas puede envanecer á un autor.

Pero no es la originalidad la dote única de este ilustre poeta. Son tantas las circunstancias favorables que en él concurren, que nos sería muy difícil saber á cual de ellas dar la preferencia. Así pues, si el señor Breton es apreciable por su originalidad no lo es ménos por su estilo, cualidad inherente á todo escritor de primer orden, aunque bien mirado esta dote es derivada de la anterior; pues el estilo, no viene á ser otra cosa que la originalidad acomodada á la forma. Llámese y júzguese como se quiera ese *cachet*, ese atributo característico por el cual se han dado á conocer lo mismo en la prosa que en el verso los grandes hombres, hasta el punto de que algunos no necesitarían poner sus nombres en la portada de sus libros para darse á conocer, es tan marcado en el señor Breton de los Herreros, que lo imprime en todos y cada uno de sus versos. Por este sello particular, el señor Breton se distingue siempre con una circunstancia que le favorece mucho, y es que no solo ha hecho conocer su estilo á los literatos, sino al mismo vulgo. Verdad es que en época muy reciente hizo este señor un drama con el título de *¿Quién es ella?* en el cual trató de disfrazar el estilo y conservar el incógnito, logrando que antes y durante la representación de su obra divagase la opinión atribuyéndola á distintos ingenios; pero á pesar de todo, las personas de buen criterio vieron desde luego la verdad, y en cuanto á mí sé decir, sin que por esto me envanezca, que en todas y cada una de las escenas del drama estuve diciendo á los espectadores que me rodeaban: « Esto es de Breton; nadie puede hacer estos versos mas que Breton. »

Porque efectivamente solo el señor Breton tiene la facultad de hacer ciertos versos, venciendo con admirable facilidad las sinuosidades mas intrincadas de la rima; hablando siempre con extraordinaria corrección la lengua castellana, sin recurrir á esas licencias poéticas de que solo abusan los malos ó medianos versificadores, y haciendo brotar el chiste á raudales en cada sílaba de sus diálogos. Y digo de sus diálogos, porque el señor Breton es principalmente poeta cómico, aunque no por eso sus cualidades dejan de brillar en las poesías líricas, de que tan buenas muestras nos ha dado. Conocidas son sus sátiras, de que tantas ediciones se han hecho, y sus magníficas letrillas de costumbres, entre las cuales figura en primer término la *Manola*, que contiene estas entre otras estrofas llenas de gracia y naturalidad:

Ancha franja de belludo
En la terciada mantilla,
Aire recio, gesto crudo,
Soberana pantorrilla:
¡Alma atroz, sal española!
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

¡Qué calía, y como cruge
Si baila jota ó fandango!
¡Y qué brio en cada empuje!
¡Y qué gloria de ramango
A la mas leve cabriola!
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Por ella en holganza eterna
Vivo como un arcediano,
Triunfo y gasto en la taberna;
Me pongo calamacano
Y me tiendo á la bartola.
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Con primor se calza el pié,
Digno de regio tapiz.
Y ¡qué dulce no sé qué,
En aquella cicatriz
Que tiene junto á la gola!
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Cuando ella se pone en jarras,
¡Soleáa! ¡Me rio yo!
Dígalo el terne de marras,
Que al hospital le envié
¡Sin valerle la pistola!
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Esto es lo que se llama pintar las costumbres como las pintó en su época el inmortal Quevedo, con quien la posteridad ha sido tan ingrata, como la sociedad presente con el señor Breton, puesto que habiéndose erigido estatuas y construido mausoleos á otros ingenios mas ó ménos dignos de estos honores, nadie ha pensado hasta ahora ni siquiera en buscar las cenizas del padre de los chistes, cosa que sería fácil y muy poco costosa.

Hay sin embargo gran diferencia entre Breton y Quevedo, y lo digo sin ánimo de rebajar á ninguno. Ambos han hecho un profundo estudio de su época; ambos han manejado dignamente la lengua, y ambos se distinguen por una abundancia de chistes que rayan en la prodigalidad; pero debemos observar que mientras Quevedo, con su fuerza de imaginación verdaderamente maravillosa, parece haber atendido mas al pensamiento que á la rima, Breton, por el contrario, rinde mas culto á la forma que al fondo; y así sucede que el eminente poeta lírico sorprende tanto por lo imprevisto de la idea como el gran poeta cómico por lo inesperado de la palabra.

Pero no es en el terreno de la poesía lírica donde debemos considerar al señor Breton, porque el señor Breton no es un poeta lírico, y diré, aunque esto le cause alguna pena, que no es un poeta satírico. Así vemos en sus romances, en sus letrillas y hasta en sus sátiras, brillar siempre la verdad, la versificación y la gracia de un modo desesperante, y á pesar de todo deja siempre algo que desear: festivo mas que punzante, y hablista mas que pensador, suple con una verbosidad *su generis* á las dotes epigramáticas que le faltan, y hé ahí porque sus composiciones líricas tan apreciables bajo muchos conceptos son inferiores á sus diálogos. En el diálogo es donde debe estudiarse y juzgarse á Breton; es decir, en la comedia de costumbres que con tan admirable talento ha cultivado, y en ella le vamos á juzgar, pudiendo asegurarle que le daremos todo lo que de derecho le pertenece; y bien podrá consolarse de no ser á nuestros ojos un gran poeta lírico, puesto que de antemano reconocemos en él un buen poeta cómico.

J. M. VILLER GAS.

María Teresa.

Esta princesa, hija de Felipe IV, nació el 10 de setiembre de 1638; tenía hermosos ojos, tez blanca, y un conjunto de gracias que encantaba á los mas insensibles. Contaba veintidos años, y Francia deseaba su mano para su joven monarca Luis XIV, en atención á que aquella union debía ser la prenda de paz entre ambos reinos; pero altas consideraciones de política hacían que se mostrase remiso Felipe IV, quien había ya negado su hija al emperador de Austria. El cardenal de Mazarino acudió á su política para determinarle, hablando de casar al rey de Francia con Margarita de Saboya, que fué presentada por sus padres al rey en Leon: Luis pareció quedar muy satisfecho de las dotes personales de Margarita. Durante esta entrevista llegó de incógnito á Leon el duque de Pimentel, y ofreció de parte de Felipe la paz y la mano de la infanta. Cuando supo esto el duque de Saboya salió de Leon lleno de despecho, y se cuenta que al llegar á la frontera se volvió hácia Francia y dijo: « Adios, Francia: te dejo para siempre sin pesar ninguno. » La princesa se echó á llorar de despecho, y Mazarino, á fin de consolarla y de calmar el enojo de los duques, la dió un escrito firmado por el

rey, en el cual aseguraba este, que si no se casaba con la infanta de España, daría su mano á Margarita.

Volvió la corte á Paris, y Mazarino y don Luis de Haro, ministro de Felipe IV, tuvieron varias conferencias en la isla de los Faísanes, tratando de los intereses del príncipe de Condé, que se había retirado á Madrid en 1654, y de la renuncia de María Teresa á la corona de España. Vencidas las dificultades se encargó el duque de Cramont de venir á pedir en toda forma la mano de María; y en efecto, llegó á Madrid el 7 de octubre de 1659, acompañado de cuarenta caballeros franceses, y se firmó el tratado de paz el 7 de noviembre de 1659, después de veinticuatro conferencias, aplazándose el casamiento para la próxima primavera, á causa del mal estado de la salud de Felipe.

En efecto, el joven Luis XIV vino á San Juan de Luz en el mes de mayo siguiente, y el rey de España y la infanta fueron á San Sebastian. A las cuatro de la tarde del jueves 27 de mayo, dice Montreuil en sus cartas, día del Córpus, M... llevó una carta de Luis á la infanta, quien hizo grandes demostraciones de aprecio hácia la reina de Francia, madre del rey; y como M... la preguntase repetidas veces si no le decía algo para el rey, le respondió: « Dios mío, ¡qué torpe sois! ¿No os he dicho tres veces que manifestéis á la reina mi tia mis ardientes deseos de verla? Id y decid eso únicamente. » Esa contestación pareció tan delicada en la corte, que se llegó á pensar, cualquiera que fuese el talento de la infanta, si sería el mariscal de Clairesmbault quien se la habría hecho decir, pues en cuanto á M..., aunque es hombre muy honrado, todos saben que no es capaz de haberla inventado.

El casamiento tuvo lugar en Fuenterrabía el jueves 3 de junio, con asistencia del patriarca de las Indias, limosnero mayor de Felipe IV, y de don Luis de Haro, que se desposó con la infanta por poder de Luis XIV. Después de la ceremonia comió públicamente la infanta, y hubo baile, en el que tomó parte Felipe. La reina madre llegó á la mañana siguiente acompañada del hermano del rey, y algunos momentos después se echó á sus piés la infanta, que recibió repetidos abrazos de ella; poco después llegó Luis XIV, quitándose antes sus insignias reales para no ser conocido, y quedándose á la puerta de la habitación, asomó la cabeza entre la de don Luis de Haro y la del cardenal, y como el primero le hubiese conocido, se lo dijo á la infanta con una mirada. Como Luis estaba de incógnito, nadie le conoció. El domingo 6 de junio tuvieron una nueva entrevista los dos reyes, y juraron y firmaron la paz.

— Siento mucho, dijo Luis XIV, la molestia que os ha causado un viaje tan largo.

— Si hubiera sido necesario, contestó Felipe, hubiera venido á pié.

San Juan de Luz vió en su recinto á toda la corte de Francia, y tal era el lujo que había en ella, que se habían gastado en bordados mas de dos millones de francos: hubo grandes fiestas, y se ratificó el matrimonio el miércoles 9 de junio por el obispo de Bayona. La corte salió para Vincennes el día 14, y el rey mandó que se le alojase con la reina, aunque fuese chica la habitación: permanecieron allí hasta el 26 de agosto, y cuando estuvo preparado para su entrada en la capital, se verificó esta con extraordinaria magnificencia. El triunfo correspondía al cardenal de Mazarino, pues la paz era obra suya. Veía con complacencia que el joven monarca solo tenía afición á los placeres, y había procurado apartar de él todos los que hubieran podido instruirle. Luis no sabía mas que bailar, manejar las armas y montar á caballo. Todos decían que nunca sería un gran rey; pero Mazarino tenía mas penetración.

— El rey engañará á muchos, decía. De Luis XIV se pueden hacer cuatro reyes y un hombre de bien.

María Teresa amaba tiernamente á su esposo; pero este correspondía muy mal á su ternura. Madama de Beauvais, aunque de mas edad que él, fué la primera que arrebató á la reina el amor de su esposo, y sucesivamente Olimpia Mancine, después condesa de Soissons; luego María, hermana de esta última; Enriqueta de Inglaterra, que acababa de casarse con el hermano del rey; Mademoiselle de la Vallière, camarista de la duquesa de Orleans; la princesa de Monaco, hija del mariscal de Grammont; la marquesa de Montespan, hija del duque de Mortemar; Mademoiselle de Fontange; y por último, la marquesa de Maintenon. Es fácil conocer cuanto sufriría María Teresa con la conducta de su esposo; ninguno de sus extravíos la produjo mas disgustos que sus relaciones con la marquesa de Montespan. Un día la presentaron los últimos hijos que el rey había tenido de aquella señora, y María los acarició saltándosele las lágrimas. Cuando el rey se unió para siempre con la marquesa de Maintenon, la reina no pudo ya sobrevivir á tantos sufrimientos, y murió á los cuarenta y cinco años de edad, después de una enfermedad de tres días. Luis XIV jamás pudo recordar sin ruborizarse una ternura con tal ingratitud correspondida. Habló á María Teresa en español en sus últimos momentos, y aquella muestra de amistad bastó para consolar á la reina, que dijo moria contenta. Cuando el rey supo la muerte de su esposa, aseguró públicamente que esta nunca le había dado otro disgusto que el que le causaba con su muerte.

Decían los confesores de la reina que el rey era el único hombre á quien había amado María Teresa: como la preguntase uno de ellos si no había llamado su atención algun caballero de la corte de España, María contestó:

— ¿Cómo queréis que así fuera, si en España no había mas rey que mi padre?

María no poseyó cualidades brillantes, pero sí todas las virtudes necesarias para ser una buena esposa: enemiga del fausto y las intrigas, nunca se mezcló en los asuntos del gobierno, y solo pensaba en servir á Dios y agradar al rey. La bondad de su carácter, la solidez de su espíritu y su modestia, la merecieron la estimación y la amistad de su esposo: pero como estas afecciones no bastaban á la ternura de su corazón, padeció mucho y ocultó sus pesares con la resignación mas casta.

Boletín científico.

ESTRELLAS NEBULOSAS DESCUBIERTAS POR LORD ROSSE.

Lord Rosse es el Cristóbal Colon de los mundos celestes. En los grupos nebulosos donde el famoso Herschell armado de aquellos asombrosos telescopios que él mismo fabrica, no pudo reconocer la presencia de ninguna estrella, y que consideraba solo como montones de materia cósmica, lord Rosse ha hecho descubrimientos prodigiosos con ayuda de un instrumento superior á todo lo que hasta hoy se ha visto. El espectáculo que Rosse ha contemplado cambia de tal modo las ideas existentes sobre esta materia, que en el día es urgente proceder á una revista completa de las nebulosas.

En el día es casi un hecho averiguado que las nebulosas llamadas planetarias no existen; por lo ménos aquellas que con el telescopio de Herschell no ofrecían sino un disco uniforme, se presentan en forma de anillo ó de espiral con el telescopio de Birr-Castle. El anillo ó su espiral son las formas á que se hallan sometidos los mundos que pueblan esos lejanos espacios. He aquí algunos ejemplos de lo que decimos:

La primera nebulosa donde se han visto estrellas y nebulosas no resueltas, dispuestas en espiral ó en grupos es M 31. Aquí se ve bajo una forma simple, que en otros lugares se complica hasta lo sumo.

H 2241 es una nebulosa descubierta últimamente: se ve un anillo de estrellas con una nebulosa pálida interiormente, y una hermosa estrella doble cerca de su orilla.

H 2075 presenta la misma disposición anular, pero casi en el centro del anillo se ve una hermosa estrella, y en torno de esta estrella central se descubren otras nueve, que seguramente forman parte del mismo grupo.

En M 46 se ve un espectáculo notable. Esta nebulosa se halla formada por un anillo doble, ó por mejor decir espiral, con una estrella en el centro, y se supone, con fundamento, que constituye un solo sistema.

H 602 es también interesante. Se compone de dos grupos de estrellas y de espirales juntos dispuestos en elipse.

M 65 y H 857 parecen élices vistos oblicuamente.

La mas notable de todas es M 33. En su centro se ve una estrella triple; y las estrellas que la componen forman un triángulo equilátero. Esta estrella triple se encuentra en medio de una masa de estrellas mas pequeñas de donde proceden 8 ó 9 espirales, y una capa nebulosa envuelve todo el grupo.

No queremos seguir adelante en la enumeración de las maravillas de que habló M. Mobison ante la *Sociedad real de Londres*; pero si consignáramos aquí que el telescopio de M. Craiz cuyo objetivo tiene veinticuatro pulgadas inglesas de diámetro, ha confirmado todo lo que vió lord Rosse por medio del suyo. Ese mismo cristal ha descompuesto los grupos de estrellas de la vía láctea en constelaciones regulares, habiéndose hallado en estas últimas varias disposiciones análogas á las del sistema de que formamos parte, con la diferencia de que esas constelaciones se hallan matizadas de variados y espléndidos colores.

ACCION CALÓRICA DE LA LUNA.

Hasta los últimos años transcurridos, se consideraba como bien demostrado que la luna no ejerce ninguna acción calórica sobre la tierra, pero este resultado negativo es un error, como lo prueban las delicadas experiencias hechas por M. Melloni, de las que resulta todo lo contrario. Además, estas experiencias se han confirmado últimamente con hechos positivos.

M. Knox ha escrito á la *Asociación británica* diciendo que, habiendo concentrado los rayos de la luna en el centro de fuertes lentejas, produjeron bastante calor para que se sintiera con la mano.

El abate Zantedeschi, que es un físico muy distinguido, ha hecho sobre unas plantas el experimento. Las expuso á la acción de la luz, y se notaron movimientos muy sensibles que M. Zantedeschi atribuye á la acción calórica de nuestro satélite. Las plantas son el *desmodium gyrans*, el *mimosa ciliata*, y el *mimosa pudica*.

MAREA ATMOSFÉRICA.

También se halla demostrado en apariencia, que la luna no tiene ninguna influencia sobre las cantidades de agua que caen á la superficie de la tierra; pero no obstante, M. Quetelet ha estudiado de nuevo esta cuestión con ayuda de los experimentos hechos en Bruselas, y he aquí los resultados.

Primeramente calculó las cantidades de agua que caen cada día del período lunar, pero desde luego se presenta la dificultad de hallar una ley determinada en

vista del número que arroje un cálculo hecho de tal modo; y por otra parte, las observaciones recogidas no son bastante numerosas para que se pueda deducir una ley de la sucesión de las cantidades relativas á cada día, en una palabra, solo formando grandes grupos se obtienen resultados interesantes. Así pues, dividiendo todo el período lunar únicamente en dos partes, principiando la una el 11° día de la luna, y la otra el 26°, las cantidades de agua caída resultan ser 20^m, 26 y 17^m, 60, números que son entre sí como 6 es á 5. La parte del primer período lunar que sigue algunos días al primer cuarto, que comprende la luna llena, y para algunos días al último cuarto, da mayor cantidad de agua que lo demás del período.

El problema no está resuelto, pero se halla planteado de nuevo, lo que constituye un progreso.

Para concluir, dirémos que las observaciones atmosféricas hechas estos últimos años en la isla de Santa Elena han demostrado la existencia de una marea atmosférica producida por la luna. El capitán Glliot ha confirmado con observaciones hechas en Madras la existencia de esta marea. El efecto, como es de suponer, es mucho mayor en Singapore que se halla próximo del Ecuador, que en Santa Elena. Se ha notado que en el Ecuador, cuando la luna está en su punto culminante, eleva la columna barométrica 57 diez milésimos de pulgada mas que cuando se halla á seis horas del mediodía.

SOBRE LAS LUCES DEL HUEVO ELÉCTRICO. — ACCION DE LOS TERREMOTOS SOBRE LOS IMANES.

Conócese con el nombre, de huevo eléctrico un aparato que se compone generalmente de una vasija oblonga, en la que se opera el vacío y se hace saltar una chispa eléctrica que, perdiendo poco á poco su viveza, se dilata y se transforma en una corriente violenta y difusa que va de un conductor á otro, y capaz de tomar las mayores dimensiones.

En estos últimos años, M. Ruhmkorff reemplazó la chispa eléctrica por una corriente de inducción dotada de una tensión muy grande. En el aparato de este hábil artista, las descargas se suceden con tal rapidez, que las intermitencias de luz y de obscuridad son casi insensibles, y á la vista produce el efecto de una luz continua.

M. Ruhmkorff habia observado ya que la corriente de inducción cuando circulaba en el vacío, presentaba dos luces distintas por su color, posición y forma; una violeta que rodeaba regularmente la bola del polo negativo, y la otra de color de fuego que se adhería al polo positivo, extendiéndose hácia el polo opuesto como una especie de cohete hendido en el eje del recipiente.

M. Quet ha estudiado también esta doble luz, reconociendo que en ciertas circunstancias que se reproducen fácilmente, la luz esparcida entre las dos bolas terminales de los dos conductores, se divide en muchas cintas paralelas separadas de las capas oscuras que, por lo comun, se hallan distantes entre sí. Para dar á esta luz todo el brillo de que es susceptible, opina M. Quet que hay que operar en vacíos especiales, en otros términos, en un globo lleno de vapores especiales ántes de haberse empleado la máquina neumática, vapores que suministran diferentes substancias, como el alcohol, el sulfuro de carbono, el bicloruro de estaño, etc., etc. Como la máquina neumática no produce jamás un vacío exacto, queda siempre en el recipiente alguna cantidad de esos vapores que bastan para determinar la segmentación mas ó ménos clara de la luz eléctrica en capas paralelas.

—Los animales tienen como un instinto de adivinación de los fenómenos de la naturaleza; sabido es que se sobrecojen de inquietud y de espanto cuando está próximo un terremoto ó un eclipse; ahora bien, ¿no podría también suministrar el reino inorgánico algunos síntomas precursores de esos fenómenos? M. Ratti Meuton, cónsul general y encargado de negocios de Francia en el Perú ha enviado á la Academia de ciencias la relación de un hecho singular, que abre una nueva vía de estudios á los observadores. El conocimiento de este hecho dimana del Sr. Espinosa, oficial argentino, que le adquirió habiendo pasado en Arequipa algunos años. El Sr. Espinosa cuenta que algunos segundos ántes de acaecer un terremoto, que son bastante frecuentes en aquel país, se caía un pedazo de hierro adherido á un iman que tenia colgado en un despacho.

Este fenómeno es muy notable, y no se sabe si tiene relación con alguna influencia magnética, emanada del globo terrestre en el instante en que va á entrar en convulsión, ó si debe atribuirse simplemente al ligero estremecimiento precursor del terremoto. El relato de M. Ratti Meuton es demasiado corto para aclarar este problema, por lo cual seria necesario que se hiciesen nuevas observaciones sobre el hecho anunciado por el señor Espinosa.

MÁQUINA CALÓRICA.

Apénas ha nacido la máquina calórica, y ya se podrian llenar muchos tomos con su historia. Por todas partes reclaman la primacía del descubrimiento, y eso que estamos solo en su principio. Los señores Erickson y Tranchot han tenido colaboradores ó rivales, aunque sin saberlo, en todo el mundo, en Alemania, en Francia y en Inglaterra.

La Academia de ciencias ha recibido en un mismo día dos comunicaciones sobre el mismo asunto, una de M. Liais, en que se dice que en 1847 M. Lobereau cons-

truyo en Paris, é hizo funcionar una máquina de aire caliente, y despues de anunciar una Memoria teórica sobre la materia, termina decidiendo «que supuestas las circunstancias mas ventajosas, la máquina de M. Erickson gastará casi lo mismo que una máquina de vapor de su misma fuerza.»

El autor de la segunda nota M. Lemvine, cuenta que habiéndosele ocurrido la idea de emplear un sistema de telas mecánicas para utilizar siempre el mismo calorífico, le pareció tan feliz su descubrimiento, que se apresuró á sacar un privilegio con fecha de 2 de setiembre de 1848.

Por último, uno de los socios de M. Tranchot, M. Leslié du Motay, preteude haberse ocupado de máquinas de aire hace mucho tiempo.

«En 1840, dice, imaginé una máquina de aire caliente con cilindros diferenciales, mediante un sistema de corrientes inversos en canales separados, máquina que debia tomar y arrojar el aire en la atmósfera como la de Erickson.

«En la misma época dibujé otra máquina que se diferenciaba solo de la primera en que podrá marchar á mucha presión. El gas, despues de comprimido previamente en ese aparato hermético, debia dilatarse y contraerse alternativamente pasando del calefactor al cilindro motor, del cilindro motor al refrigerante, del refrigerante al cilindro bomba y viceversa.

«La primera de estas dos máquinas, que era la mas sencilla, iba á ser ejecutada por M. Philippe, ingeniero constructor, y en grande escala; los modelos estaban concluidos ya cuando llegó á mi noticia que M. Tranchot estaba haciendo experimentos con una máquina de aire que habia inventado.

«Entonces fué la primera vez que oí hablar de mi futuro recto y de sus trabajos, y al momento quise ver su máquina ántes de continuar la mia.

«Reconocí en ella la superioridad del doble principio del cambio del aire en un mismo cilindro, y puse á disposición de M. Tranchot para ayudarle á concluir su descubrimiento, todo el dinero que yo habia reservado para mis experiencias personales.»

CAMINOS DE HIERRO.

Un obrero corso llamado Angeli, hombre fecundo en invenciones, ha imaginado entre otras cosas un medio mecánico de aumentar la adherencia de las locomotivas de los caminos de hierro, disminuyendo al mismo tiempo su peso. Este resultado paradójal se obtiene de un modo muy sencillo, que consiste en reunir el eje de las ruedas motrices con los ejes del tender y de los wagones por medio de largas cadenas que se enroscan en garruchas con dientes colocados en medio de sus ejes.

Como todas las ruedas se vuelven motrices, la adherencia se aumenta considerablemente, de donde resulta que el peso de la locomotiva puede disminuirse de una fracción notable del peso de los wagones, y por consiguiente se pueden subir y bajar cuestas, etc., etc.

En la época en que el autor dió á luz su descubrimiento, no tenia para demostrar su principio mas que una maquinita toscamente cortada en una tabla con un cuchillo; pero en el día, á fuerza de muchos sacrificios, cuenta ya con un modelo muy elegante que funciona á los ojos de todo el mundo.

Lo que trae hoy á la memoria esta invención es el buen resultado que ha tenido la prueba que de ella se ha hecho para el paso del Gemmernig, en el camino de hierro á Trieste, que es de los mas difíciles que pueden verse en un ferro-carril.

En tanto que M. Angeli erraba por las calles de Paris con su máquina envuelta en un pañuelo, llamando á puertas que no se abrían, un distinguido mecánico de Munich. M. Maffey, construía una locomotiva que poco despues se llevaba el premio ofrecido por el gobierno austriaco á la máquina que reuniese un número mayor de condiciones de las que son precisas para atravesar ese célebre paso del Gemmernig.

Esta máquina, la Bavaria, tenia por rivales la *Wiener-Neustadt*, de los talleres de Günter en Wiener-Neustadt, la *Seranig* enviada por el establecimiento de este nombre, y la *Vindevena*, construida en los talleres del camino de Viena á Glognitz. La *Barasia* triunfó; no solo salió la primera de la prueba, sino que se halló muy léjos de emplear toda la fuerza de tracción de que es susceptible.

Y sin embargo no es mas que una máquina americana con cuatro ruedas ordinarias, pero presenta la particularidad de que el eje móvil de detrás y el eje anterior del tender se hallan unidos el uno al primer eje y el otro al segundo por medio de las largas cadenas que propuso M. Angeli.

PROFUNDIDAD DEL MAR.

M. de Humbolt ha escrito una carta á la Academia de ciencias dando la medida del abismo mas profundo que hasta hoy haya sondeado el hombre. El plomo que echaron para medir tardó 9 horas 25 minutos en llegar al fondo.

Este prodigioso sondeo ha sido hecho en alta mar por M. Denham, capitán del *Heral*. Iba Mandosa en el océano Atlántico austral á 36° 49' de latitud S y 37° 6' de longitud O (todo el mundo puede ver este puesto en el mapa), encontró el fondo del mar á 13,643^m 23613, lo que hace trece kilómetros ó tres leguas y un maslo de distancia vertical.

La profundidad mayor que halló sir James Ross no fué sino de 8,412^m 04193.

Uno de los mas altos picos del Himalaya, el Hintschinga se halla á 8,387^m 45322 sobre el nivel actual de la mar; añadiendo á esta altura la nueva medida del capitán Denham, entonces el Hintschinga se halla á 22,678^m 98977, es decir á mas de 22 kilómetros ó cinco leguas y media sobre el punto hallado por el marino.

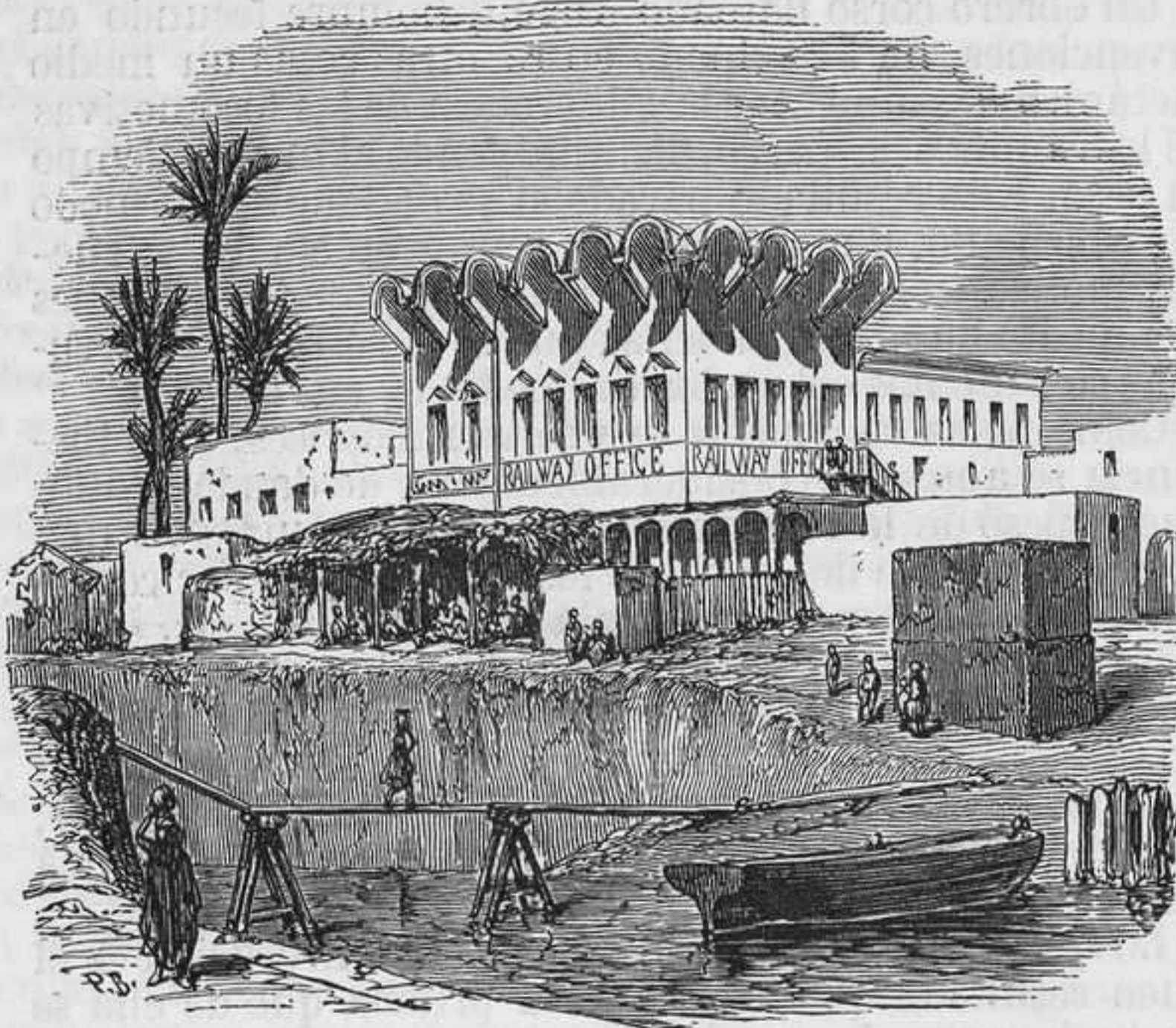
Un paseo por el Levante.

ALEJANDRIA, — EL NILO. — PALESTINA. — LIBANO. — SPORADES. — SMIRNA.

Entre Malta y Alejandría — la mar — es decir, la inmensidad. Este es el mayor espacio que puede recorrerse en todo el Mediterráneo sin encontrar tierra. Cuatro dias debia costarnos la travesía; mal temporal; una persistencia desusada de vientos contrarios no nos permitieron tocar la costa de Africa en el término de reglamento, cosa que acontece muy raramente. Pero estos accidentes me permitieron conocer las buenas cualidades del paquete *Nilo*, en el cual me embarqué en Malta.

A un tiempo brumoso, á un cielo *gordo*, como dicen los marineros, á un mar bastante fuerte, habia sucedido un cielo purísimo, un mar tranquilo y azulado; el *cémputo* y las observaciones nos colocaban á algunas leguas de Alejandría; pero la costa está tan baja, que no se la puede ver sino á muy corta distancia de ella. Sin embargo, á nuestra vista, un poco sobre nuestra derecha, se apercebe un punto en el horizonte, punto imperceptible, porque yo absolutamente no le veía, pero el ojo de un marino está dotado de mayor perspicacia que el de nosotros, habitantes de la tierra; y ya me señalaba el comandante la torre de los Arabes, sirviendo de reconocimiento cuando se navega por el largo, y la columna de Pompeyo dominando á Alejandría, cuando para mí, la mar no habia cesado de destacar sobre el cielo la misma línea inflexible que yo observaba algunos dias hacia.

Fué preciso, sin embargo, rendirse á la evidencia.



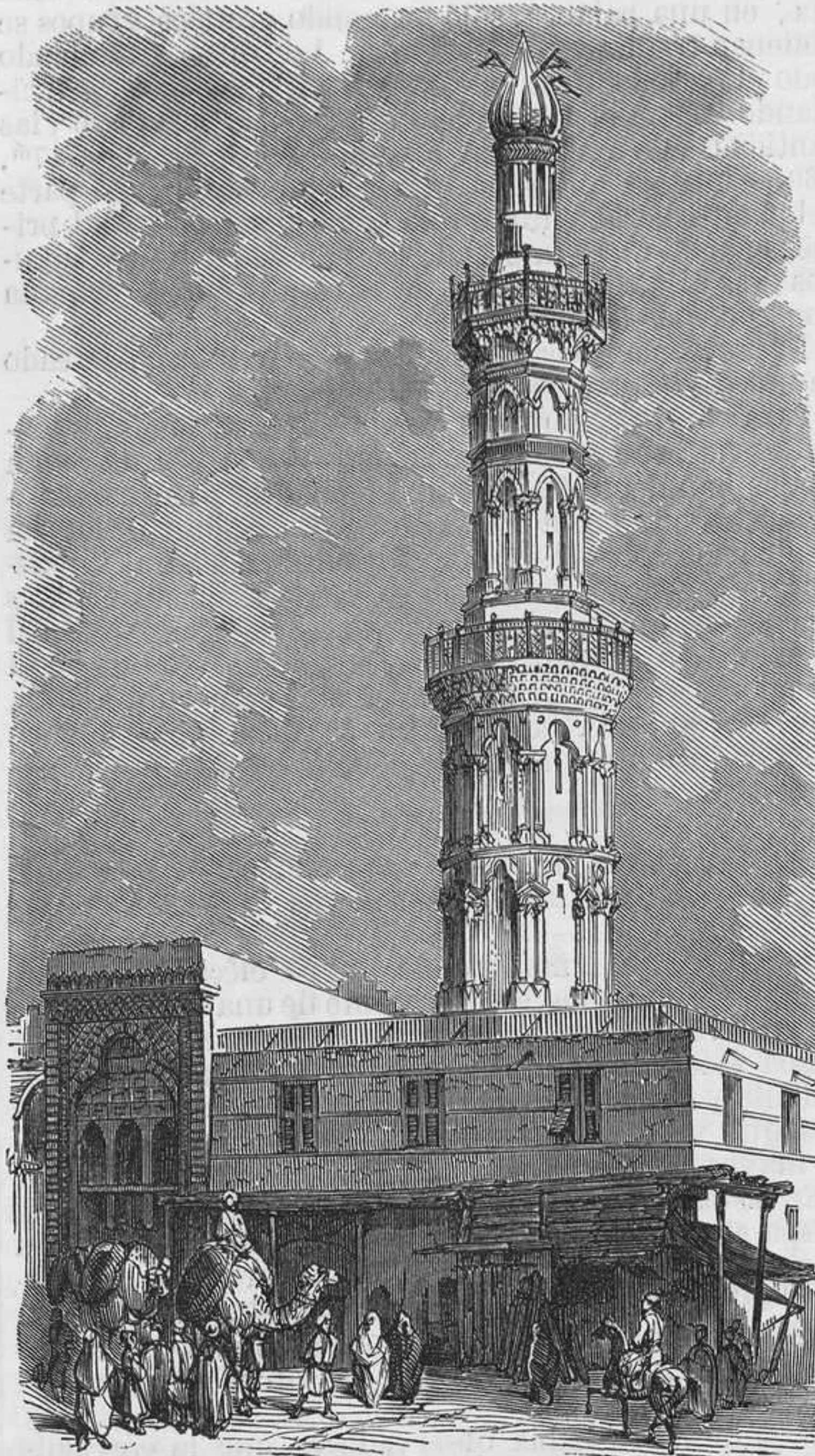
Alejandría. Canal de Mahmoudieh.

Nos acercabamos con timidez: bien distintamente veo todo en este momento; allí está la costa arenosa del Egipto: allí las fortificaciones que estrechan á Alejandría y separan los dos puertos de la ciudad; ya descubro las palmeras de la playa, los alminares, los mástiles de los navíos que pueblan el puerto, todo esto bañado de radiante luz; el Egipto habia echado sobre sus hombros su mas rico manto de oro y pedrerías para recibirnos.

La máquina ha parado, una lancha se acerca, y dos pilotos suben á bordo. — Mi amigo Dauzats, en su libro de los *Quince dias en el Sinai*, ha contado el placer que sintió en aquel mismo sitio, á la llegada á bordo del brick que lo habia trasportado, y que debia atravesar la barra de Alejandría. — « Eran, dice, los primeros turcos-auténticos que yo veía, porque no cuento como tales los que nos venden los dátiles en los Boulevarts de Paris. » Aunque ménos novicio que él en esta época respecto de musulmanes; como él, me sorprendí al aspecto pintoresco de los nuevos huéspedes del *Nilo*. Instalados convenientemente en el punto que une los dos combadores, se relevaban para indicar la maniobra al comandante; al cabo de algunos minutos, el ancla, tocando fondo, puso fin á su mision, y poco despues yo saltaba en tierra africana, rica de recuerdos gloriosos para la Francia.

La primera cosa que encontré fué un omnibus, — un

omnibus en la tierra de los Faraones, al lado de los camellos. Con estos, el *says* de los asnos, el alquilador de los pollinos, antiguamente tan locuaz, y que conside-



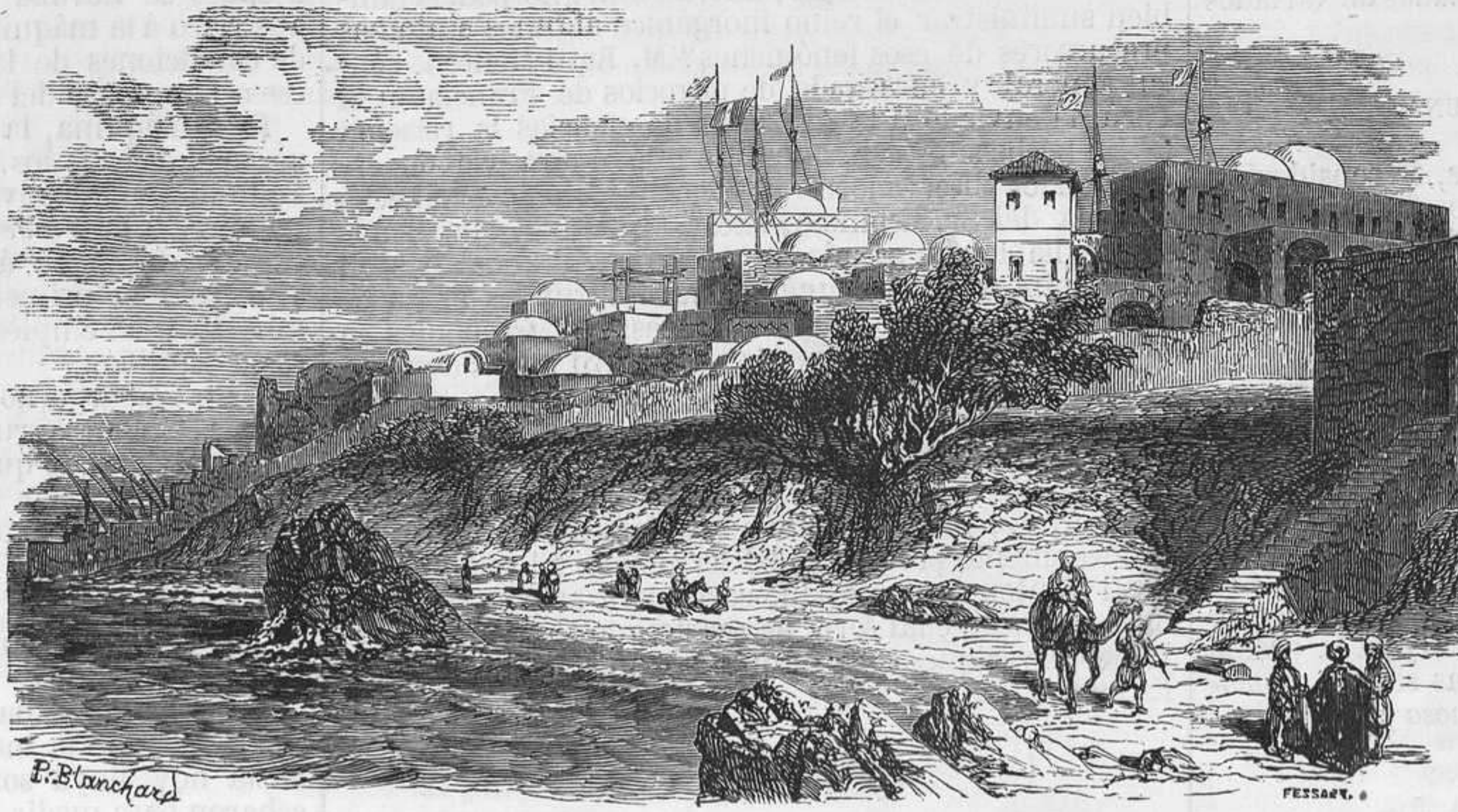
Alejandría. Mezquita de Ibrahim-Bajá.

raba todo pasajero que desembarcaba como su bien, como cosa suya, como una esponja para exprimirla, ahora:

..... la mirada triste, la cabeza baja.

os ofrece tímidamente su montura, sin instancias, sin esfuerzo para reteneros; se ve que obedece á una tradicion; su fé ha vacilado, y se declara vencido; pero en lo interior de la ciudad vuelve á recobrar su energia. Hay estaciones de burros, como las hay de fiacres en Paris, ó mejor dicho, se encuentran por todas partes, pero no es el asno pacífico y humilde de Montmorency, sino una cabalgadura viva, alegre, cuyo paso habitual es el galope. (¡ qué lástima que no vinieran á estimular á los coches de alquiler de Paris!) Precioso vehículo, cuya utilidad tuve ocasion de reconocer muy pronto.

Obligado á obedecer á la habitual tiranía, — á buscar alojamiento — miré con ojos codiciosos aquellas calles tan pintorescas que atravesaba rápidamente, aquellas largas hileras de camellos que saben tan perfectamente abrirse paso, aquella mezcla armoniosa de trajes con colores tan variados y brillantes, aquellas mujeres con



Jaffa.

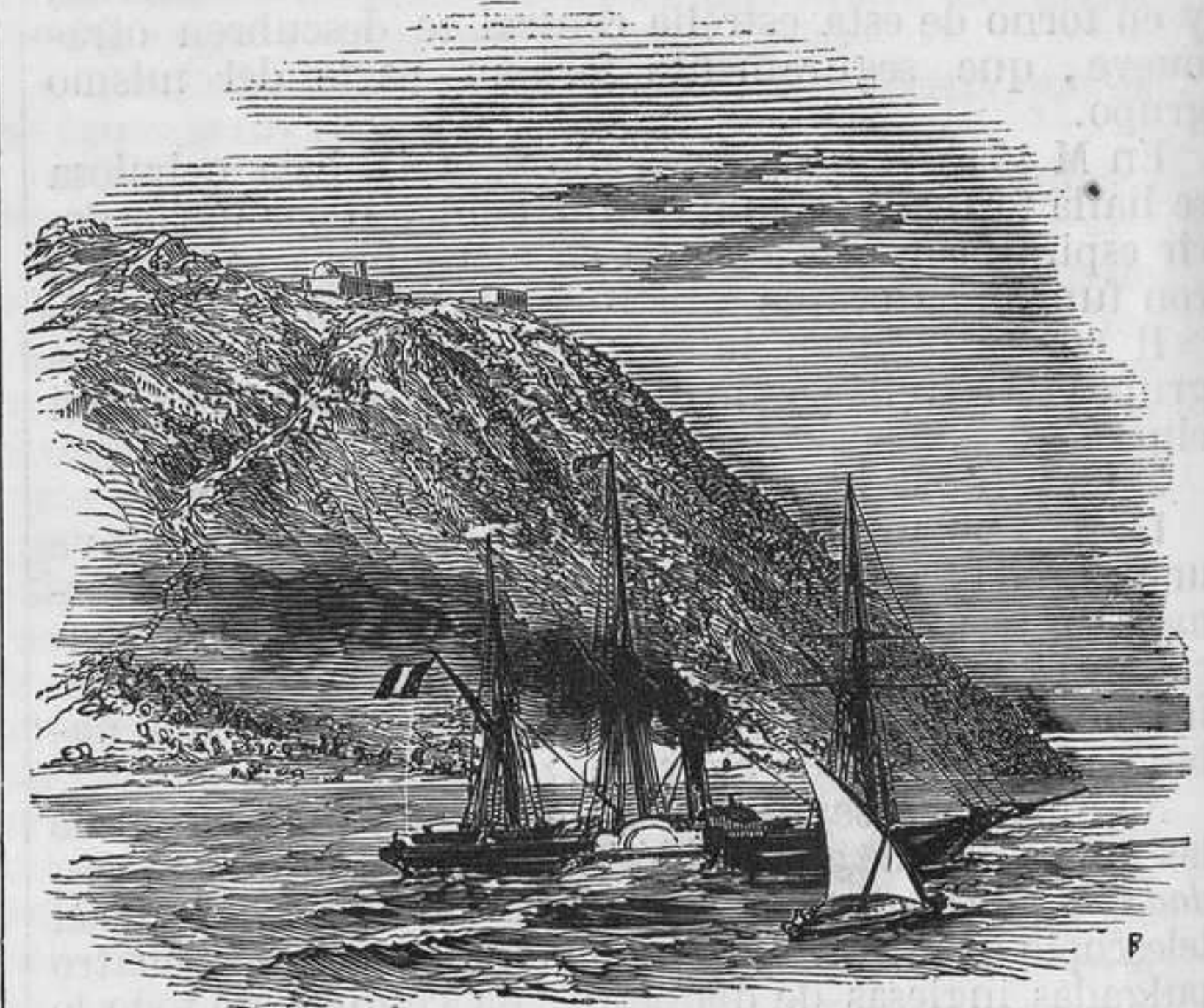
largos velos negros, blancos, ó de cuadros azules; pero el omnibus me llevaba aceleradamente para dejarme en el cuartel Franco, en la plaza mayor, donde se hallaba la fonda en que debia hospedarme.

Aquella plaza, de extension exagerada, circuida de casas de un gusto un poco disputable, una sobre todo, de estilo gréco-arábico-gótico, dichosamente arruinán-

dose ántes de acabarse de construir, sobre la cual ostenta su ancha fachada el palacio del consulado de Francia, parece ofrecer, en su misma inmensidad, y la arena que tapiza el suelo, una imágen, como un prefacio del desierto. Para completar la ilusion se halla en el centro un monumento, — una fuente, iba á decir, — coronada de un obelisco de veinte piés de alto, dividido en dos fragmentos. Aquello fué levantado con toda formalidad á dos pasos de la columna de Pompeyo, que hace descollar su fuste monólito por encima de una eminencia que domina la ciudad; junto á la aguja de Cleopatra, abandonada por los ingleses, que son sus poseedores, en medio de los arenales que cubren la playa del mar. Un hermoso arbol plantado en medio de aquella tebaida hubiera sido mas útil al viajero, forzado á atravesarla, en medio de un calor vigoroso, que aquella sedienta fuente.

No merecia la pena de ir á Oriente para encontrar una imitacion mas ó ménos perfecta de lo que habia dejado en Europa; así pues, abandonando el cuartel Franco y su esplendor, montando en un asno que se entregó inmediatamente á su ardor natural, aguiñeado, es cierto, por el palo de su conductor que me seguia á pié, levantando torbellinos de polvo, me lancé al cuartel arabe, de calles estrechas y tortuosas, con sus casas de aspecto ruinoso, pero al mismo tiempo llenas de frescura y de sombra.

Esta vez al ménos no habia lugar á la duda, me hallaba en pleno Oriente; todo á mi alrededor se habia revestido de aquel carácter de novedad que encanta al viajero aunque no sea artista. Ya un lienzo de pared medio derruido deja ver el interior de un jardín que las altas copas de las palmeras me habian señalado de antemano, ya una fila de nópales encierra una plantacion de ananas; aquellas casas con pocas aberturas, cerradas con celosías de madera de variados y complicados dibujos que caen á plomo sobre las calles, son las mansiones de los hijos del Profeta, el harem impenetrable que guarda sus esposas; aquellos edificios de aspecto tan sencillo, dominados por elegantes alminares, son sus templos; si á todo esto se añade una poblacion vestida con anchos ropajes de colores vivísimos, ó de una exigüidad algunas veces muy primitiva, los camellos con su grave andadura y aire austero, los regadores públicos que os remojan [al pasar] bajo pretexto de



Caifa. El monte Carmelo.

regar el suelo, los buhoneros que venden comestibles ya preparados, los asnos con su rabioso galope, se tendrá una idea, aunque débil, del espectáculo que presenta una ciudad musulmana.

La mezquita de Chick Ibrahim-Pacha, cuyo elevado alminar oponia al cielo del otro lado del mar de Egipto su blancura de porcelana y su graciosa forma, atrajo la primera de mis miradas. Como en nuestras iglesias de la edad media, una multitud de mercaderes han apoyado en sus muros las barracas portátiles que encierran los objetos de su comercio; parece que por todas partes los vendedores arrojados del templo no han querido cambiar de cuartel.

Aquella mezcla de adornos y construcciones de rús-tica apariencia, que se puede criticar bajo el punto de vista de una escrupulosa vigilancia municipal, será siempre para un pintor una mina inagotable que le inspira un asunto favorito para sus cuadros; aun estaria yo considerándolo, si mi *says*, no comprendiendo la

causa de mi inmovilidad, no hubiera aplicado á mi montura gran cantidad de argumentos que le hicieron emprender de nuevo su carrera; y yo me entré sobre él en un laberinto de callejuelas, donde hubiera necesitado el hilo de Ariadna para salir; al cabo de cinco minutos estaba completamente extraviado.

Desde la reforma de Mehemet-Alí, todas las casas

están cuidadosamente numeradas, todas las calles tienen un nombre escrito con encarnado en los ángulos de la calle, pero en arábigo, que era letra muerta para mí; la simple reflexión me demostró que marchando siempre de frente concluiría por salir infaliblemente al campo, y una vez allí deliberaría.

El instinto de mi cabalgadura, mas que mi voluntad, me condujo á la puerta que guía al canal de Mahmudieh, ¡Nilo! ¡Nilo! exclamó mi *says*. Aquello trastrocaba todos mis conocimientos: yo creía á Alejandría mas distante del padre fecundante del Egipto; pero mi cicerone improvisado tomaba la parte por el todo. Cuando después de atravesar la puerta de la ciudad, me hallé en medio de chozas de barro que el sol habia consolidado secándolo, habitaciones de los fellahs, construidas al borde de una ancha trinchera llena de agua fangosa que se desliza serpenteando, y en la cual, una multitud de mujeres, con largos velos azules, venian á llenar sus cántaros de elegantes formas, que llevaban de una manera que trajo á mi memoria las pinturas etruscas, no tardé en convencerme que tenia ante mí el agua del Nilo, y que estaba en presencia de aquella hermosa via de comunicacion que une el Cairo á Alejandría, y de que es deudor el Egipto al genio práctico de Mehemet-Ali.

La columna de Pompeyo que veia á mi izquierda en una de las pocas eminencias que se encuentran cerca de



Beyrouth.

negra, la de Abisinia con su largo velo blanco, la de Siria tapada la cara con un espeso velo que le cubre hasta los ojos; allí se ven los cristianos del oriente penetrar en la Iglesia con el turbante en la cabeza, pros-

me mostró las montañas de Palestina, levantando sobre el mar su línea poco variada de rocas. El *Lugzor* se acercaba rápidamente; ya se divisaban los montecillos de arena, cubiertos de pobre vegetacion; y las rocas de la costa que atravesabamos; por fin, apareció en el horizonte el mogote, sobre el cual la ciudad de Jaffa enseña sus casas superpuestas y sus cúpulas de brillante blancura; y poco tiempo después habiamos cambiado la delicada hospitalidad del *Lugzor* con el lazareto, en el cual, las atenciones benévolas del

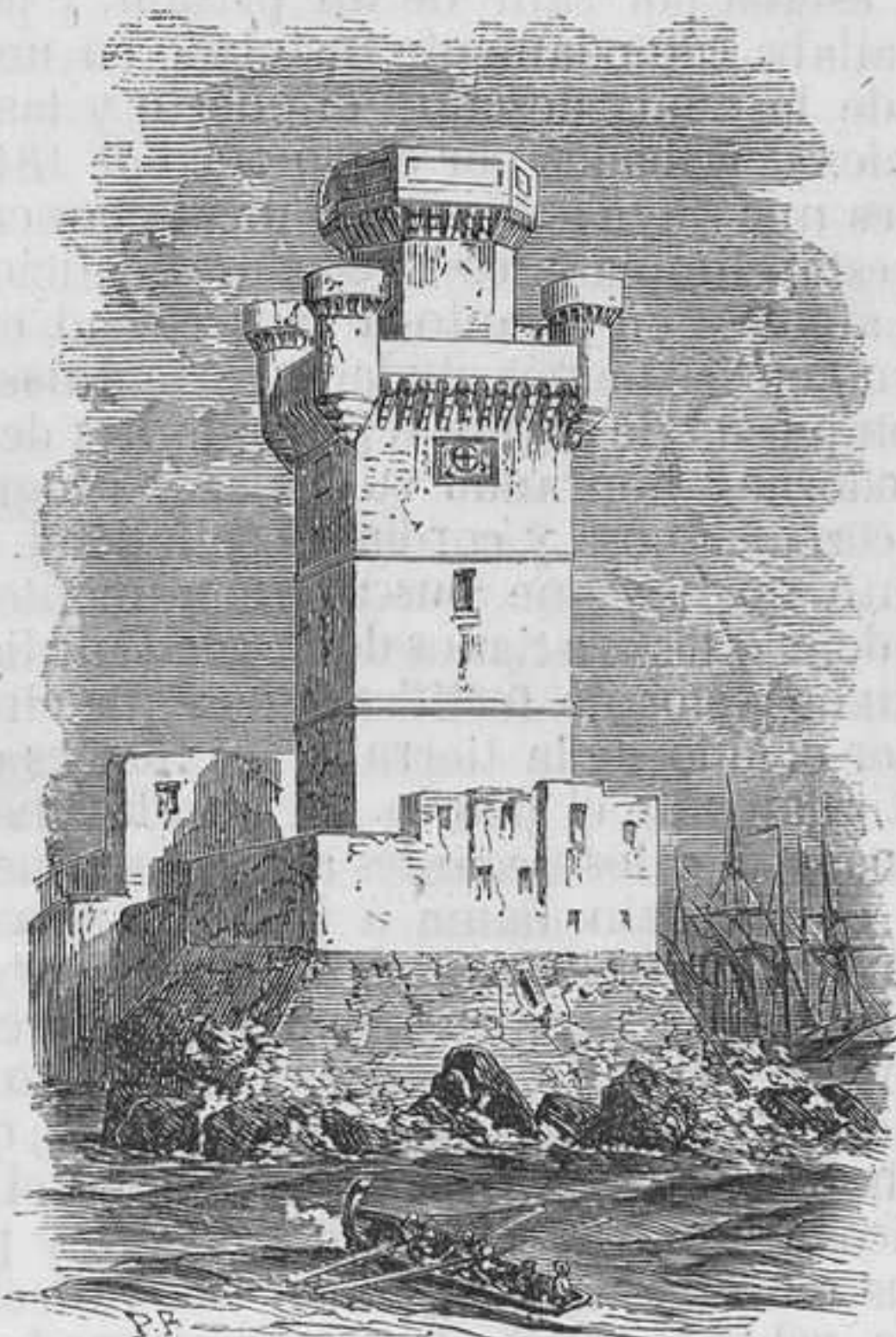


Puente de las caravanas en Esmirna.

Alejandría, debió naturalmente atraer mi atención. Como toda cosa grande, solo comparándola puede juzgarse su elevacion. Un inmenso cementerio árabe, donde observé algunas tumbas en las cuales un aloe cuidadosamente regado, revela el pesar y los recuerdos de la familia del difunto, rodea por todas partes aquel grandioso monumento. Cuanto mas me acercaba, mas grande esparcia á mi vista el soberbio monólito. Una caravana de viajeros montados en pollinos se aproximaba por la direccion opuesta á la que yo seguia. No podia desear medio mejor de darme cuenta aproximativa de su altura. Los sabios dirán con exactitud su elevacion por metros y milímetros; á mí me pareció enorme, y nunca tuve la tentacion de escalarlo para ir á comer en su cima un pedazo de pastel y beber un vaso de vino de Champaña al buen mediodía, como muchos aficionados excéntricos lo hacen; por mi parte tendria mucho miedo de una distraccion.

Siguiendo hermosas calles de tamarindos y sicómoros recientemente plantados, y de un vigor ya notable, gracias á un ingenioso viejo, entré en la ciudad, después de haber ido á visitar las importantes obras de defensa que circundan á Alejandría, y que el Egipto debe á un hábil ingeniero francés, al general Gallice, que acaba de terminarlos poco tiempo ha.

Una hermosa iglesia, servida por los religiosos de Tierra Santa, cercada de un delicioso jardin con altas palmeras, rosales y flores raras reúne bajo sus bóvedas la poblacion católica de la ciudad. Allí, en los dias festivos, se reúnen la francesa con su traje fresco y elegante, la maltesa cubierta con su capa y falda de seda



Torre de Rodas.

ternarse y golpear su frente en el pavimento, el griego católico, el industrioso armenio, el maronita del Líbano, formando contraste entre su vestido ancho y ricamente guarnecido de varios colores y la cabeza descubierta, y el sencillo y estrecho traje de los fieles de Occidente. Allí, los cánticos del sacerdote y el humo del incienso se levantan hácia el cielo con la misma solemnidad que en las grandes catedrales de Europa, merced á la tolerancia que ha sabido introducir en Egipto el virey civilizador Mehemet-Ali.



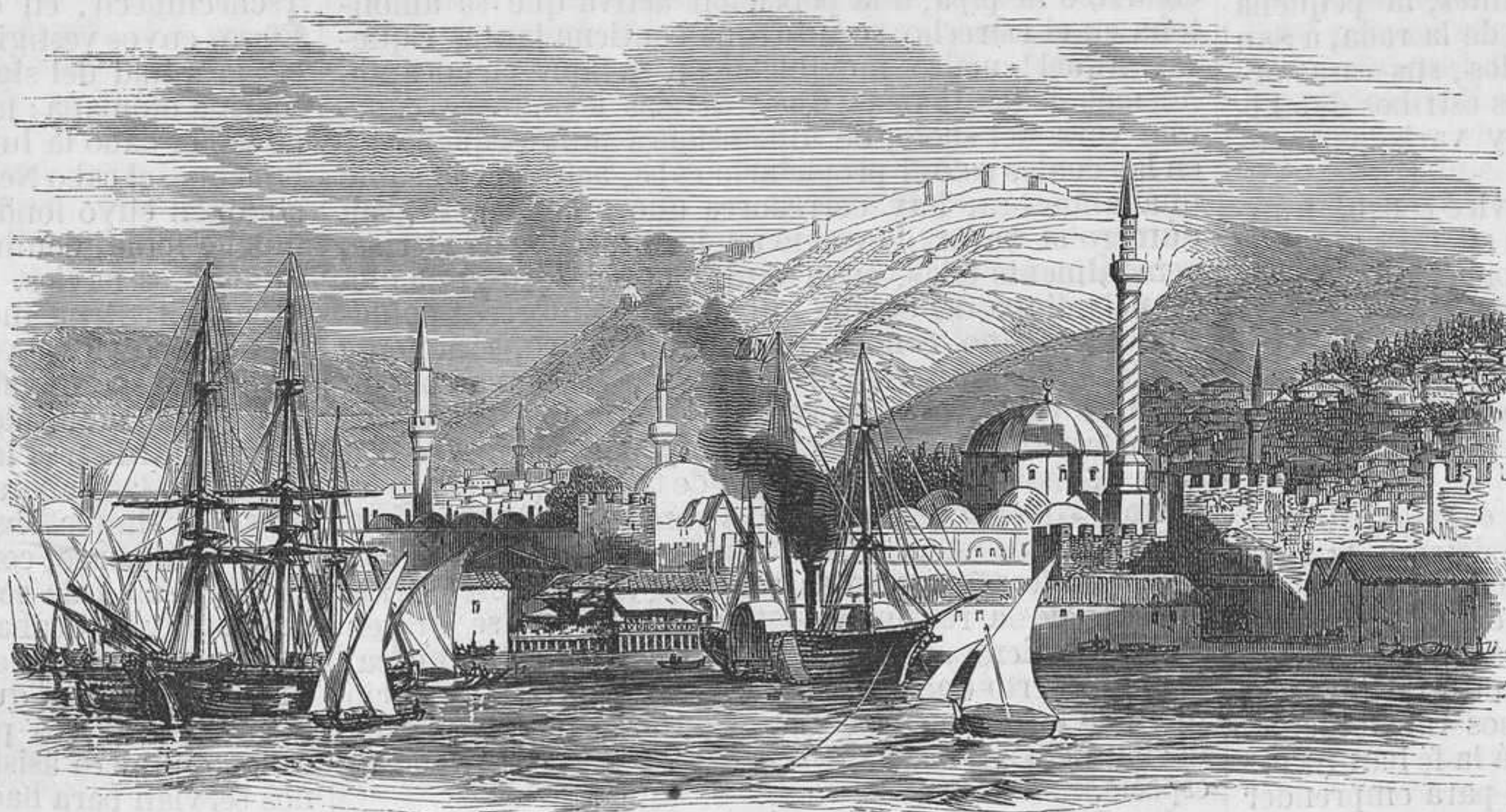
Una calle de Beyrouth.

cónsul francés, M. Philibert, nos hicieron agradable nuestro forzoso descanso.

No se puede prever todo. Si hubiera sabido que dos meses mas tarde podia ahorrarme el fastidio de las cuarentenas que debia sufrir durante mi viaje, no hubiera dudado en esperar; — solamente que, en lugar de comenzar por el Egipto, la Grecia y Constantinopla me hubieran introducido en el Oriente, á hacerlo ahora..... Pero entonces, las costas del Asia Menor, de la Caramania y de Siria, en las cuales flota hoy de vez en cuando el pabellon de los paquetes franceses, no eran recorridas sino muy raras veces por los buques de vapor de diversas naciones, y yo no podia aguardar ocasiones inciertas.

Cuando se va por mar de Siria, se entra por el muelle en la ciudad. Casi al pié del convento de los padres de la Tierra Santa, y del convento griego se halla el desembarcadero. Al salir del lazareto, por el contrario, es menester dar la vuelta á las murallas casi completamente, pasar por delante de la brecha que fué practicada y por donde entró el ejército francés en la campaña de Siria;

finalmente se encuentra la única puerta que da entrada por tierra á la ciudad de Jaffa. Allí comienzan los jardines que dan una apariencia tan graciosa á las cercanías de aquella ciudad, jardines espesos, bordados con nopalos gigantes, granados floridos, y en los cuales el verde oscuro del algarrobo se mezcla con el follaje túpido del albréchigo y el moral, al verde blanquecino del almendro y la palmera que destaca su graciosa corona sobre los árboles que la rodean. No basta entrar en la ciudad, es preciso pene-



Esmirna.

No hablaria de la rápida excursion que hice al Cairo, si no tuviera que señalar el viaje del Nilo y del Mahmudieh como uno de los mas interesantes y cómodos que pueden hacerse en Oriente. Si se tiene prisa, el buque de vapor os trasporta con rapidez; en el caso contrario, un buen barco en el cual se encuentra buen servicio, os conduce mas lentamente, es cierto, pero la mayor duracion del viaje está muy compensada con el espectáculo variado é incesante que presentan los bordes del canal, adornados de alegres casas de campo, y las de

trar en ella á través de una multitud revuelta de asnos, de caballos, de camellos, de mukres (1), de paisanos cargados con pesos enormes, y todo esto en una calle estrecha, donde caben cómodamente cuatro de frente; es casi imposible el revolverse, sobre todo la cosa es imposible una vez á caballo, á cada paso se teme aplastar á alguno. Un turco se ocupa muy poco de eso; los europeos lo miran con mas consideracion. Es necesario, ó bien resolverse á no avanzar, ó bien obrar como si se fuera á pié, tanto peor para el que no se menea. Yo salí por fin de allí sano y salvo, pero no estoy muy seguro de que mi caballo haya pasado delicadamente y sin tocar á un bravo negociante de Palestina que se habia dormido en el umbral de su tienda, atravesado en la calle; lo que sé, es que pasé por un monton de vestidos, de entre los cuales ví salir una cabeza que me miró con ojos atónitos.

Jaffa es un laberinto de subidas, de bajadas, de casas tan enclavadas las unas en las otras, que muchas veces el primer piso pertenece á un propietario, y los restantes á otro; pero qué pintoresco es todo aquello! cómo contrastan aquellos muros espesos, de colores vivos, con la blancura de las cúpulas que coronan la mayor parte de las casas! En la soledad de sus calles, apenas se ve circular algun hombre cubierto con su albornoz de pelo de camello, adornado con extrañeza, con oro y colorines, ó alguna mujer con el rostro cubierto con un pañuelo de seda verde, y dibujos amarillos, que le dan el aire de una desenterrada! Qué movimiento, por el contrario, en el muelle y en la calle del mercado, ó bazar que forma la entrada de la ciudad! Esta se halla cubierta con toldos que defienden á compradores y vendedores contra el rigor del sol. La poblacion del país está reunida en aquel punto. Harapos, colores encendidos, un revoltijo de hombres y animales, de olores que varían desde el benjui y el almizcle hasta el del podrido animal que se disputan los perros en una calle vecina; mercaderías groseras y finas; tales son los bazares en una ciudad pequeña de Siria. Allí está toda la vida; allí el corazon y la cabeza de la ciudad; allí se encuentran los cafés sin dorados; la cocina en un rincon de la cabaña; un banco figurando un divan reina al rededor de la sala y delante de la puerta; mediante algunos maravedis los opulentos de la poblacion van á pasar en él la noche, saboreando una taza de café hecha maestramente, y fumando un chibouk que hacen durar por espacio de algunas horas.

Bajo la impresion de mi viaje á Jerusalem he escrito algunos renglones, pero hubiera sido necesaria la elocuencia de los que me han precedido en esta peregrinacion, para hablar dignamente de ella. Chateaubriand, Michaud y Poujoulat han dejado, por otra parte, poco que aprovechar; solo que en su tiempo, la visita de los Santos Lugares era difícil, y ahora es todo lo contrario; el anciano, la mujer de costumbres delicadas pueden emprenderlo hoy sin exceder los límites de sus fuerzas. Ya lo he dicho; yo comencé el mio con dos meses de anticipacion. En lugar de partir en un buen paquete, me ví obligado á dejar á Jaffa en una barca árabe. En la época de las calmas, en la cual nos encontramos, y en aquella costa, ningun peligro era de temer; el mal consistia solo en la pérdida de tiempo: así, lo que para el *Lusor* hubiera sido cuestion de algunas horas, nos costó tres dias.

A la mañana siguiente de nuestra partida, el cabo avanzado que cierra un costado de la bahía de San Juan de Acre; el monte Carmelo, desplegaba á nuestra vista sus rocas cubiertas de plantas salvajes y de arbustos; el convento, la cúpula de la iglesia, se destacaban sobre sus cimientos, y despues de haber doblado la punta, ví á mi derecha, en medio de una risueña llanura, sembrada de palmeras, y vegetales diferentes, la pequeña ciudad de Caifa, teniendo al otro lado de la rada, á San Juan de Acre, con sus muros destruidos, sus casas arruinadas, circundado por los últimos estribos del Líbano, como de un cinturón de altas y variadas montañas.

Acogido muy cordialmente por el vice-cónsul francés en Caifa, tuve el placer de ver en su casa al padre Carlos, ese infatigable viajero, tan conocido en Francia, que ha sucedido al padre Juan Bautista como arquitecto del monte Carmelo, y que, como él, ha recorrido la Europa entera, solicitando de los fieles la suma necesaria para reedificar la iglesia que cubre la gruta del profeta Elías, y el convento que ofrece á los peregrinos tan afectuosa hospitalidad.

Un momento despues estábamos á caballo, guiados por el padre reverendo, que no quiso dejar á otros el cuidado de mostrarnos la obra que llevaba á cabo con tanto talento y celo. El camino abierto en el flanco de la montaña es bastante áspero, pero los caballos árabes tienen el pié seguro, y la media legua que separa á Caifa del monte Carmelo la atravesamos rápidamente.

Con la fé se levantan las montañas; á la fé han recurrido los padres Juan Bautista y Carlos para emprender lo que parecia imposible á primera vista. Acogidos en Francia benévolamente, una comision compuesta de hombres distinguidos se formó para ayudar á los nuevos apóstoles que se privaban de todo para aumentar los recursos destinados á llevar á cabo su obra. Fatigados de toda clase de viajes y diligencias, nada economizaban para lograr su objeto, y no obstante, mucho queda

por hacer; aquellas paredes levantadas á costa de tantas privaciones no se hallan todavia cubiertas totalmente. La aguja que sirve de guia al navegante no ha recibido la pintura que ha de revestirla en lo interior. Algunas camas faltan en la parte del convento destinada á los peregrinos; pero el padre Carlos está lleno de valor, conoce el camino de Francia, y confía en que los que lo han ayudado hasta ahora poderosamente, no lo abandonarán cuando se trata del último esfuerzo necesario para acabar la obra comenzada.

Otra razon mas milita en favor de la obra del monte Carmelo; protegidos por la Francia, los religiosos que sirven el templo no lo han olvidado, y han recogido los huesos de los soldados franceses muertos en el sitio de San Juan de Acre, y les han levantado un monumento en el jardin del convento.

Pocas leguas separan á Caifa de Beyruth; nuestra barca empleó dos dias en la travesía. En vano Sour, la antigua Tiro, Saida, la poética Sidon, que veíamos en la costa, nos llamaban con sus grandes recuerdos; encadenados por la calma, nos era imposible el abandonarlas. Por fin, una brisa apenas sensible que se levantó la segunda noche nos permitió adelantar un poco, y al levantarse el sol nos dejó ver las altas montañas del Líbano que dominan la vasta rada, en cuyo fondo está sentada la ciudad de Beyruth en medio de un bosque de verdura, y las deliciosas casas de campo que tapizan con sus jardines floridos el cabo prolongado de Raz-Beyruth.

Remando fué como pudimos fondear, y entónces comprendí como Ulises pudo emplear diez años para atravesar el espacio de algunos centenares de leguas. Impaciente estaba por salir de mi prision, y poco despues, me hallaba cómodamente instalado en una habitacion, desde la cual, descubrí el puerto y las ruinas de los edificios derribados por el cañoneo de 1840.

Beyruth es una joya; sus calles medianamente embaldosadas están limpias; los alrededores deliciosos, los habitantes afables; en cuanto á la sociedad europea, allí está como en las demás ciudades orientales que he visitado, compuesta de dignos representantes de la civilizacion moderna, honrando su país, y acogiendo al extranjero con afectuosa y cordial hospitalidad.

En Beyruth no hay que buscar monumentos; todo lo que han dejado los cristianos de la edad media se reduce á algunos restos de fortificaciones que circundan la ciudad por el lado de la tierra, y los fuertes que defendian antiguamente el puerto. Ni aun las mezquitas se ven coronadas por los elegantes alminares que se ven en Egipto; el muezzin llama á los fieles á la oracion desde un campanario sin gracia ni adorno; y no obstante, aquella ciudad tiene atractivo; su comercio atrae las caravanas desde países lejanos; el puerto de Damasco envía á Beyruth las maravillosas telas, que ella sola sabe hacer; á Beyruth tambien confía el Líbano sus mas ricos bordados, sus tejidos de oro y plata, la seda de sus moreras, el ajonjolí de sus vallecillos, la lana de sus rebaños. Nada hay mas animado que su puerto; pero el domingo toda la ciudad se entrega al descanso, porque, aunque bajo la dominacion musulmana, el extranjero solo la dá vida, el europeo hace florecer su comercio: además, el elemento cristiano domina en su poblacion compuesta, en gran parte, de armenios, griegos y maronitas, y los turcos, que celebran el viernes con oraciones y no con descanso, se aprovechan del que acarrea el domingo con la cerradura de las oficinas.

Mi primera visita fué al bazar: bajo pretexto de ajustar alguna cosa, que muchas veces no se compra, se adquiere el derecho de sentarse á tomar el fresco á la entrada de una tienda, y de pasar revista, fumando un cigarro ó la pipa, á la poblacion activa que se amontona en el estrecho recinto que contiene tantas riquezas. Aquel cuadro movible tiene siempre su encanto. Además de las tiendas fijas, tiendas levantadas como una vara del suelo, de dimensiones muy pequeñas, y en las cuales solo el propietario cabe, acurrucado sobre una alfombra, hay corredores que recorren en gran número el bazar, llevando en los brazos mercaderías, generalmente telas, cuya venta anuncian con una elocuencia digna del objeto. Allí se ve la pintoresca poblacion del Líbano, con su blusa azul oscuro, ricamente bordada de azul mas claro; el turco de Damasco con su larga túnica rayada, su cinturón de colores, su cafetan rosa ó blanco, turbante de algodón, adornado con tiras de seda cruda; el armenio de traje severo; el griego con su chaqueta rapada y anchos calzones; y en medio de todo esto, una multitud de mujeres tapadas con velos picoteando á porfía; soldados turcos, con el traje estrecho de la reforma, vestidos á la *mizam*, se dirigen tambor batiente, algunas veces con banda de música, bien al puerto que se les ha asignado, bien al ejercicio fuera de la ciudad; en una palabra, parece que cada nacion del Levante ha enviado allí una muestra de su especie.

Los Padres lazaristas, y la Compañía de Jesus han edificado en Beyruth y sus cercanías casas de su orden respectiva. Los primeros tienen en Antura, distante algunas leguas de la ciudad, un colegio con numerosos estudiantes; las hijas de San Vicente de Paul, que se está seguro de encontrar donde hay bien que hacer, miserias que aliviar, enfermos que cuidar, han fundado tambien en Beyruth una casa de su orden. En ella educan, sin preferencia de religion, algunas jóvenes; el árabe, el francés, las labores de su sexo les son enseñadas con maternal solicitud. Ellas reciben en una enfermería, excesivamente limpia, todo desgraciado, musulman ó cristiano, que sujeta á guardar el lecho

alguna enfermedad, prodigándoles el mas afectuoso é inteligente cuidado. Gracias á tan piadosas mujeres, gracias al celo ilustrado de valerosos misioneros, la lengua francesa se esparce en medio de las poblaciones de las montañas; el nombre de Francia es bendecido por muchos sectarios de Mahoma, y se asocia siempre á un beneficio recibido, á una existencia conservada.

¿Partiré ó no partiré de Beyruth? ¿vendrá el buque que se espera? ¿habrá recibido, como el último que debia venir, nuevo destino? Todas estas preguntas me hice muchas veces, ántes de que recibieran una contestacion satisfactoria. Embarquéme á bordo de un pirocafo austriaco, procedente de Esmirna, y que regresaba á la misma ciudad, pero me fué preciso renunciar á recorrer la costa de Siria, Trípoli, Latakie, la pequeña Alejandria, Tarsus, que dos meses mas tarde hubiera podido visitar cómodamente trasportado en buenos paquetes, feliz aun con no verme obligado á permanecer mas tiempo en Beyruth.

Al dia siguiente de mi partida saludé la tierra de la isla de Chipre, cuyo aspecto desolado no correspondia á la idea que yo me habia formado de una de las mansiones favoritas de la diosa de la belleza. En vano busqué bosquecillos, verdes praderas, límpidos arroyuelos, yo no veia mas que arenales ó peñascos, sobre los que una yerba tostada por el sol, extendia una capa amarillenta. Lárnaca, oculta en un recodo del terreno, no se dejaba ver; solo algunas casas en la costa ostentaban en una playa árida sus blancas paredes, sus alminares y palmeras por corona. Allí está el puerto de la ciudad, que divide con Famagusta la supremacia de la isla, perdida en el fondo del golfo de Siria. Ninguna apariencia de cultivo se percibe, y sin embargo, á juzgar por el buen vino que se nos trajo de tierra, posee preciosos elementos de prosperidad. Por desgracia los turcos la poseen, y fervientes discípulos del Profeta no aprecian en su justo valor los productos de aquella isla querida de Baco.

Rodas, de caballerescos recuerdos, Rodas, la reina de las Spórades, y su centinela avanzado, levantaba al rededor nuestro sus macizas y al mismo tiempo elegantes torres, cuando al dia siguiente subí sobre cubierta al salir del sol.

Las fortificaciones en que los caballeros hospitalarios de San Juan habian encerrado la ciudad han resistido las injurias del tiempo, y en pié todavia, atestiguan, con su solidez, la importancia que aquellos frailes soldados atribuan á la posesion de aquella posicion, desde la cual amenazaban juntamente al Asia Menor y las costas de Siria. Al penetrar en la ciudad, se siente todavia vivo su recuerdo. La calle de los Caballeros existe en el estado en que las armas mahometanas los forzaron á abandonarla. Las fortificaciones almenadas, las puertas monumentales son testimonios de su abatido poder. Allí como en Malta, hay que admirar forzosamente y lamentar aquellos hombres, cuya poderosa energía no han heredado sus sucesores con sus acumuladas riquezas.

Desde Rodas seguimos nuestro viaje á Esmirna á través de canales estrechos y por en medio de una multitud de islas y de islotes. A nuestra derecha, una serie no interrumpida de cabos avanzados, y bahías profundas; á nuestra izquierda, el archipiélago de las Spórades, que separadas del continente del Asia Menor, parece que van á cerrarnos el paso. La primera se vé á Tilos, despues vienen Nizari, Cos la larga, que vió nacer á Hipócrates, y cuya modesta capital luce alegremente sus blancas casas, rodeadas de huertos y hermosas plantaciones de olivar, Leros, Pathmos, Nicaria, Samos; mas lejos, el continente, la espaciosa rada de Tschechmech, en cuyo fondo estuvo en otro tiempo Éfeso, cuyos vestigios duran todavia, y en la cual, hácia la mitad del siglo último, destruyó la flota rusa la marina otomana; la isla de Chios, que disputó el honor de haber dado la luz primera á Homero; por fin, Karaburnou—el cabo Negro—que borda una de las costas del golfo, en cuyo fondo, Esmirna, graciosa capital de la muelle Ionia, domina su bella rada, capaz de abrigar numerosos navios.

La cuarentena me aguardaba en Esmirna, y ella me hizo lamentar nuevamente la precipitacion de mi viaje, desde el lazareto veia los buques procedentes de Constantinopla, admitidos á libre práctica, porque una vez que se entra en el lazareto, la salida es muy difícil. Felizmente, la manera de medir el tiempo en las cuarentenas de simple observacion, como era la nuestra, es muy indulgente, con tal que se llegue ántes de ponerse el sol. El dia que se pasa en el mar se cuenta como de lazareto, y al acabarse el tercero, un médico viene á informarse cortesmente del estado de la salud de cada uno, y anunciar que al dia siguiente, al salir el sol, pueden dejar los prisioneros el lazareto. Si el buen Galeno hubiera asistido á los festines homéricos que se nos servian para hacer soportable nuestra cautividad, hubiera podido ahorrarse su amable solicitud.

En Esmirna se encuentra reunido el recreo de Oriente y el bienestar de Europa, el espectáculo variado de las poblaciones musulmanas y los salones de París; parece como si se asistiera á una representacion teatral en un palco elegante y cómodamente preparado. Por el dia, se recorren las calles, medianamente empedradas, pero llenas de camellos, de bultos de mercaderías, de griegos y armenios que hacen casi todo el comercio de Oriente, de graves negociantes musulmanes, hechos un ovillo, fumando su chibuk y entregándose á las delicias del Kief, de turcos zebecks con altos turbantes, llevando en la cintura un arsenal de yataganes, y pistolas ricamente

(1) Mukre, alquilador de caballos, y por extension se da este nombre á los criados de este que acompañan á los viajeros para cuidar de la cabalgadura. Llevan una chaqueta con dibujos muy extravagantes; el patron se llama jefe de los mukres.

trabajadas y montadas en plata. A través de las estrellas que os libran del sol, veis la punta delgada de un almirante y los cipreses que rodean la cúpula de una mezquita, ó bien la habitacion de madera de un musulman, cubierta con pintura encarnada, con ventanas cubiertas de celosías, que hemos visto tantas veces en Europa, representadas por Decamps, Marilhat y Dauzats en Paris, pintores sobresalientes que han sabido robar al oriente su luz y sus sombras; pero la vista del país hace conocer su fidelidad y descubrir nuevas bellezas en sus obras.

Por la noche, si á la conversacion del salon, al aristocrático whist, al descanso bajo las arcadas de mármol de las casas europeas nuevamente construidas, ó bien al brillante sarao, preferis el paseo en el muelle inglés, allí encontrareis lo mas escogido de las gentes de la ciudad. Algunos cafés, entre otros el *club de Esmirna*, ofrecen sus galerias construidas sobre una estacada en el mar, cuyas olas vienen á acariciar la playa, helados que rivalizan con los italianos, una música que no es muy turca, un fresco delicioso, ¿todo esto reunido, no es suficiente para trasportaros con la imaginacion á la querida patria, y hacerlos creer que el cielo de Oriente os ha acompañado?

(El fin al siguiente número.)

La venganza de los difuntos.

NOVELA.

(Véase el no 7, pág. 105.)

Pero al mismo tiempo otra voz resonaba en sus oídos, y le decía: — Es tarde para razonar; estás muy adelantada para retroceder; y si de todos modos has comprometido tu honor, aprovecha de la fortuna. Al que es feliz, ¿qué le importa la critica del mundo?

En esto se oyó en el jardín:

Marinero de las ondas.

A cuya voz Leonor se levantó con resolucion, tomó el velon y prendió fuego á la punta de la sábana que colgaba de la cama; miró, vió la llama azulada que se apoderaba con lenta timidez del material que se le presentaba; pero, mas atrevida, muy luego creció, se propagó y tomó de todo posesion completa. Asustada Leonor de su delito, corrió al claustro, bajó precipitadamente la escalera, sin saber bien lo que hacia: salió al jardín y cayó en los brazos de don Cristóbal, que la condujo hácia una pequeña puerta que daba al campo y de la cual el jardinero se habia proporcionado la llave: desató un caballo de un árbol, lo montó, José colocó á Leonor delante, mas muerta que viva, y pocos momentos despues habian desaparecido en las tinieblas de la obscuridad.

José entró en el convento para avisar.

II.

LA CASA SOLITARIA.

Don Sebastian, amigo desde la niñez y confidente de don Cristóbal, vivía en un viejo castillo situado en las gargantas de Sierra Morena, y en él contaba depositar y ocultar á Leonor hasta que calmado el despecho del arzobispo, accediese al matrimonio de su sobrina. Así, pues, todo estaba preparado para recibir la pareja fugitiva: amos y criados velaban; mas en vano transcurrió la noche y llegó el día sin que aparecieran, temiendo al principio y suponiendo despues que algun incidente imprevisto habria retardado la ejecucion.

El hecho es que en la obscuridad de aquella noche borrascosa, don Cristóbal equivocó la senda, y se empeñó en otra de la Sierra: galopó por mucho tiempo sin conocer su equivocacion, y cuando la advirtió era ya tarde para remediarla. Al amanecer vieron varias cañas humildes de pastores en que se detuvieron, y Leonor durmió algunas horas para reponerse del cansancio y de la falta de alimento. Informóse don Cristóbal de cual era el pueblo ó aldea mas cercana, y supo que la Carlota estaba pocas leguas. Para evitar el fuerte calor de la mañana, decidieron los dos amantes permanecer allí hasta la tarde con sus rústicos huéspedes, cuya franqueza y sencillez les agradaba en extremo. El hijo mayor de aquellas buenas gentes tenia muy bonita voz, y hablando y cantando pasaron el tiempo agradablemente. A eso de las cuatro, los viajeros bien descansados y provistos de los víveres que los pastores pudieron cederles, se pusieron de nuevo en camino, sintiendo dejar tan pronto á sus nuevos amigos.

Anduvieron mucho por un desfiladero tan estrecho y poco frecuentado, que la mayor parte del tiempo estaba cubierto de yerba y abrojos. Árboles seculares les servían de toldo y los resguardaban de los ardientes rayos del sol, y con frecuencia podían refrescarse con las aguas cristalinas y batidas que bajaban de la montaña, respirando el ambiente aromatizado por mil flores olorosas, y principalmente por las retamas que por todas partes deslumbraban como si estuvieran cubiertas de ramos de oro colocados en vástagos de esmeralda.

Hablaban de su amor, de su esperanza de vencer la oposicion del arzobispo, y del temor de no conseguirlo; y en este triste caso queria Leonor ir á vivir con los buenos pastores que acababa de dejar, ocultándose del mundo en la soledad, á lo cual sonreía don Cristóbal, aprobando la idea como un hombre en quien la realidad de la experiencia hacia desaparecer el romanticismo de la juventud. Un momento despues recordaba Leonor el incendio del convento y las desgracias que

de él se habrian originado; lloraba y se golpeaba como desesperada, en términos, que don Cristóbal no encontraba expresiones para consolarla, á pesar de que la tranquilizaba dándole la seguridad de que el jardinero habria impedido las consecuencias del fuego, y que las monjas no habrian tenido mas perjuicio que el susto.

Entretenidos así los viajeros, desembocaron á una gran praderia, pero tan dilatada, que la vista no distinguía en el horizonte ningun objeto, bien es verdad que la noche se acercaba y las estrellas empezaban á brillar en el firmamento. Caminaron aun é hicieron alto en el término de la pradera, y observando en todas direcciones con cuidado, vieron á lo lejos aparecer y relumbrar algunas luces. Nada es tan grato por la noche como estos indicios lejanos, que á guisa de faros inteligentes sirven de norte al viajero extraviado, y le ponen de nuevo en su camino. El campo que durante el día parece convidar al hombre á la soledad, se diría que por la noche se rehúsa á sus miradas, y le aconseja la sociedad de los semejantes; solo encubre con gusto á los desgraciados.

Cristóbal y Leonor se persuadieron que distinguían las luces de la Carlota. Encamináronse en aquella direccion, yendo el primero á pié, con el caballo de la brida, para disfrutar por mas tiempo de los encantos de una hermosa y serena noche de verano. Al cabo de media hora no encontraron sino una gran casa aislada en medio de aquella llanura. Era un edificio de piedra de un solo piso, y sus ventanas bastante altas tenían rejas de hierro como las de una fortaleza ó cárcel: por algunas se veían luces; pero las cortinas encarnadas que tenían impedían que se viese la habitacion. Tiró don Cristóbal de una cadena que colgaba á la derecha de la puerta; tocó una campanilla, y muy luego se abrió el postigo. — ¿Quién es? ¿qué quiere usted? preguntó una voz de hombre bastante bronca y adusta. — Viajeros extraviados que piden hospitalidad por esta noche. — Continúe usted su camino, que mejor dormirá en el meson de la Estrella, contestó el hombre cerrando la puerta.

Irritado don Cristóbal, no pudo contenerse, y dió algunos golpes en aquella puerta inhumana, sin adelantar mas que lastimarse la mano en los enormes clavos de que estaba cubierta: dió con Leonor la vuelta á la casa para ver si se podia penetrar en ella por alguna otra parte, pero no descubrió ninguna otra entrada: quiso aproximarse á una ventana, mas un profundo foso de circunvalacion se lo impidió.

Inciertos del partido que tomarían, y mientras observaban una de las ventanas que mas resplandecía en la obscuridad, oyeron tocar unas seguidillas en el laúd, y que una voz de mujer que parecia salir de la sala, cantaba con mucha gracia:

Marinero de las ondas,

¡Ay! ¡ole!

En un arrojito

Echate al golfo,

Que tu dicha consiste

En un arrojito.

Leonor experimentó una gran sensacion al oír la misma letra que la noche anterior la resolvió á la fuga, y decidió, segun todas apariencias, la suerte del resto de sus dias. Cuando la copla concluyó, ella y don Cristóbal cantaron á dúo el estrofillo de la misma:

Mira no tardes

¡Ay! ¡ole!

Que suele en un momento

Mudarse el aire.

No bien habian empezado cuando se abrió una ventana, se asomó á la reja una señora y se puso á oír á los que cantaban. Concluido el estrofillo, don Cristóbal se dirigió á ella renovando su demanda, tan groseramente resuelta por el portero; y al oír la señora, sacó el brazo como en señal de aprobacion, y se retiró cerrando la ventana: pocos minutos despues la puerta de la casa se abrió de par en par presentándose el portero con una linterna en la mano, tomó la brida del caballo, diciendo entre dientes: — Mejor hubieran Vds. hecho en quedarse al raso; no han querido Vds. creerme; es cuenta de Vds. Y sin volver siquiera la cabeza, se dirigió hácia la cuadra, relevándole un lacayo que los acompañó á una sala soberbiamente iluminada, cuyos suntuosos muebles y cortinajes, guarnecidos de galones de oro, anunciaban opulencia y elegancia. En sus cuatro ángulos habia cajones con arbustos llenos de flores; las mesas estaban cubiertas de jarrones de China, y al rededor de aquella deliciosa mansion habia un ancho sofá con magníficos cojines de seda carmesí iguales á la tapicería. Tres personas estaban sentadas en él; un anciano venerable con traje oriental con un rico caftan azul y un turbante de muselina tan blanca como su respetable barba, que se prolongaba hasta la mitad del pecho. Dos jóvenes y preciosas señoras estaban á su lado vestidas con suma elegancia: una de ellas, que parecia la mayor, era morena y tenia en la mano un ramo de rosas; la otra que era rubia estaba sentada encima del sofá con un laúd entre las manos. Se levantó el anciano para recibir á sus huéspedes, y les dirigió el primero la palabra. Que sean Vds. bien venidos; presento á Vds. á mis dos hijas Amina y Raquel; esta era la que cantaba.

Observó don Cristóbal que las dos hermanas tenían guantes largos que subían hasta el codo, lo que impedía apreciar la hermosura de sus brazos; el anciano llevaba tambien guantes negros, pero no tenia puesto mas que el de la mano derecha.

Empezaron á hablar, y los viajeros, como era natural, digieron quienes eran, de donde venían y donde iban, reservando sin embargo la verdad, pues como don Cristóbal era hombre de mucho talento y viveza improvisó una historia segun la cual él era don Fernando Tellez, casado hacia poco, é iba con su esposa á Jaen, ó sus inmediaciones, para reunirse á su familia. Arregló tan bien su cuento y con tantos pormenores, que fuera imposible descubrir la verdad. El dueño de la casa por su parte, no quiso quedarse atrás, y les dijo llamarse Ibrahim, natural de Ceuta, por consecuencia musulman de nacion y de religion; habia vivido en Córdoba durante muchos años, en donde hizo fortuna en el comercio; pero muchos disgustos y desgracias le hicieron dejar aquel pueblo para alejarse del trato de los hombres, por lo que se hallaba con sus hijas retirado en aquel punto solitario y aislado, conservando las costumbres de su país y las prácticas religiosas de su culto, viviendo tranquilo sin ver mas que algunos extraviados á los cuales daba con mucho gusto hospitalidad.

A la sazón se abrió la puerta de la sala y apareció un segundo anciano; pero así como el primero tenia la apariencia noble y la cara majestuosa, el exterior del segundo era vulgar y asqueroso; mala cara, ojos hundidos, la mirada traidora, larga y perpendicular nariz, barba horizontal, y sus labios delgados parecían esconderse en la boca: tambien llevaba la mano derecha con guante negro, y la izquierda sin él. Es mi hermano Diego, de quien hablaba á Vd., dijo Ibrahim, que vuelve de la ciudad á donde los negocios le obligan ir algunas veces, ya que está de vuelta nada nos impide cenar; todo está preparado, pasemos al comedor si Vds. gustan.

Amina y Raquel se acercaron á su padre y le cogieron por debajo del brazo, para ayudarle á levantarse, lo que les costó trabajo sumo, conociendo entónces los viajeros que el venerable anciano tenia paralizada una parte de su cuerpo. Para andar, una de las hijas le impelia con suavidad la pierna paralizada, ayudándose él con la otra lo mejor que podia, pero se apoyaba sin embargo enormemente en sus bellas conductoras; el tránsito hasta el comedor no lo hizo sin dolores y quejidos comprimidos, y hasta prorumpió Ibrahim en exclamaciones, que don Cristóbal y Leonor no pudieron comprender porque las hizo en árabe. Llegaron al fin al comedor, y el anciano cuando estuvo sentado volvió á su buen humor: sentó á Leonor á su lado y don Cristóbal se colocó en frente, en medio de las dos señoritas, y Diego se puso á la izquierda de su hermano.

Despues que estuvieron sentadas Amina y Raquel, se quitaron el guante de la mano izquierda y conservaron puesto el de la derecha. don Cristóbal que tenia una passion singular por los buenos brazos, estuvo en poco que no se extasiara al considerar la perfeccion de los que se acababan de descubrir, y esperaba con impaciencia que desapareciesen los guantes del brazo derecho, para ver si estos eran tan admirables como los otros; pero se quedó con el deseo; los dos ancianos tampoco se quitaron los suyos, lo que pareció á don Cristóbal muy singular, porque sin duda una mano con guante debia ser cosa muy incómoda para comer. don Cristóbal no sabia que pensar, pero concluía que habia en esto algun misterio; tenia muy buena educacion y mejor tacto para hacer pregunta alguna sobre costumbre tan extraña, ni darse por entendido de que la habia notado. Quería á toda costa encontrar una solucion á su curiosidad, y se imaginó tambien que seria una costumbre del islamismo, ó un voto de familia para no descubrirse la mano derecha.

Ibrahim, como jefe de la casa empezó por hacer sus excusas, no sin fundamento, pues la mesa no estaba cubierta sino de pasas, pero magníficas y servidas en elegantes jarrones y canastillas de plata labrada y cincelada; pero en el centro habia un gran plato con su campana, la cual levantó Ibrahim y se descubrieron dos magníficos pollos con arroz. Nosotros, dijo el anciano, no bebemos vino porque lo prohíbe nuestra religion; pero como nuestros huéspedes no están obligados á seguir nuestras costumbres, he hecho poner delante de Vds. una botella del mejor de España: no se priven Vds. de él.

Los comensales empezaron á comer con excelente apetito, y la conversacion se animó. Hermano, dijo Ibrahim, ¿qué se dice de nuevo en la ciudad? Solo se habla, respondió Diego, de una desgracia que ha ocurrido en el convento de Santa Clara, y que por poco lo reduce todo á cenizas. Una religiosa jóven tenia la costumbre de leer por la noche libros de poesia y de amores: la noche pasada se durmió leyendo, y se prendió fuego al cortinaje de la cama, y el incendio se propagó con una rapidéz extraordinaria. Por buena suerte velaba el jardinero en acecho de los rateros, y dió aviso con oportunidad para que acudiesen los bomberos, que pudieron salvar el monasterio. Las monjas no han sufrido mas que el susto y la pérdida de algunas celdas. — ¿Pero nadie ha muerto? dijo Leonor sobresaltada. — Perdóne Vd. la jóven religiosa fué devorada por las llamas, pues solo se encontraron sus cenizas, y una tornera anciana, cuya celda estaba contigua, murió tambien ahogada por el humo porque no tuvo tiempo para huir. El daño como Vd. ve no ha sido grande, pues lo que hay de sensible es la desgracia de la jóven monja, porque de viejas siempre habrá demasiadas. La pérdida de los muebles es cosa corta; y las monjas han hecho una colecta, que segun se dice, ha producido ya dos ó tres veces mas de lo suficiente para reparar los perjuicios que ha originado el incendio.

(Se continuará.)

Los Queseros.

La Suiza, independientemente de sus bellezas naturales, tantas veces descritas, y que atraen tan crecido número de viajeros; independientemente de sus instituciones políticas, que hacen de ella, en medio de la Europa monárquica, una tierra de libertad, es también uno de los países más curiosos del viejo mundo, considerando que en él se encuentran colonias enteras de pastores. Todos los altos valles de los Alpes estarían desiertos si la industria humana no hubiera llevado a ella sus rebaños. El hombre es allí el servidor del ganado; no tiene allá otros cuidados, otras atenciones que velar por su conservación, su alimento y su bienestar. Para sus rebaños va el montañés á buscar en las cimas escarpadas, algunas veces con peligro de su vida, el heno profundo de los Alpes, que baja pensadamente á los valles, para ponerlo en reserva como provisiones de invierno; para ellos echa puentes sobre las torrenteras; para ellos abre con tanto trabajo senderos difíciles en los flancos de las montañas; para ellos guarnece estos senderos de empalizadas que les impidan caer en sus hondos precipicios. Su trabajo está recompensado: áridos desiertos se hacen fecundos bajo su mano: donde no podía crecer una sola planta propia para su mantenimiento, recoge un producto abundante, la LECHE; y este producto, transformado por su industria, al mismo tiempo que es un artículo de primera necesidad, se convierte en instrumento de comercio y de cambio, en fuente de riqueza, ó al menos de bienestar.

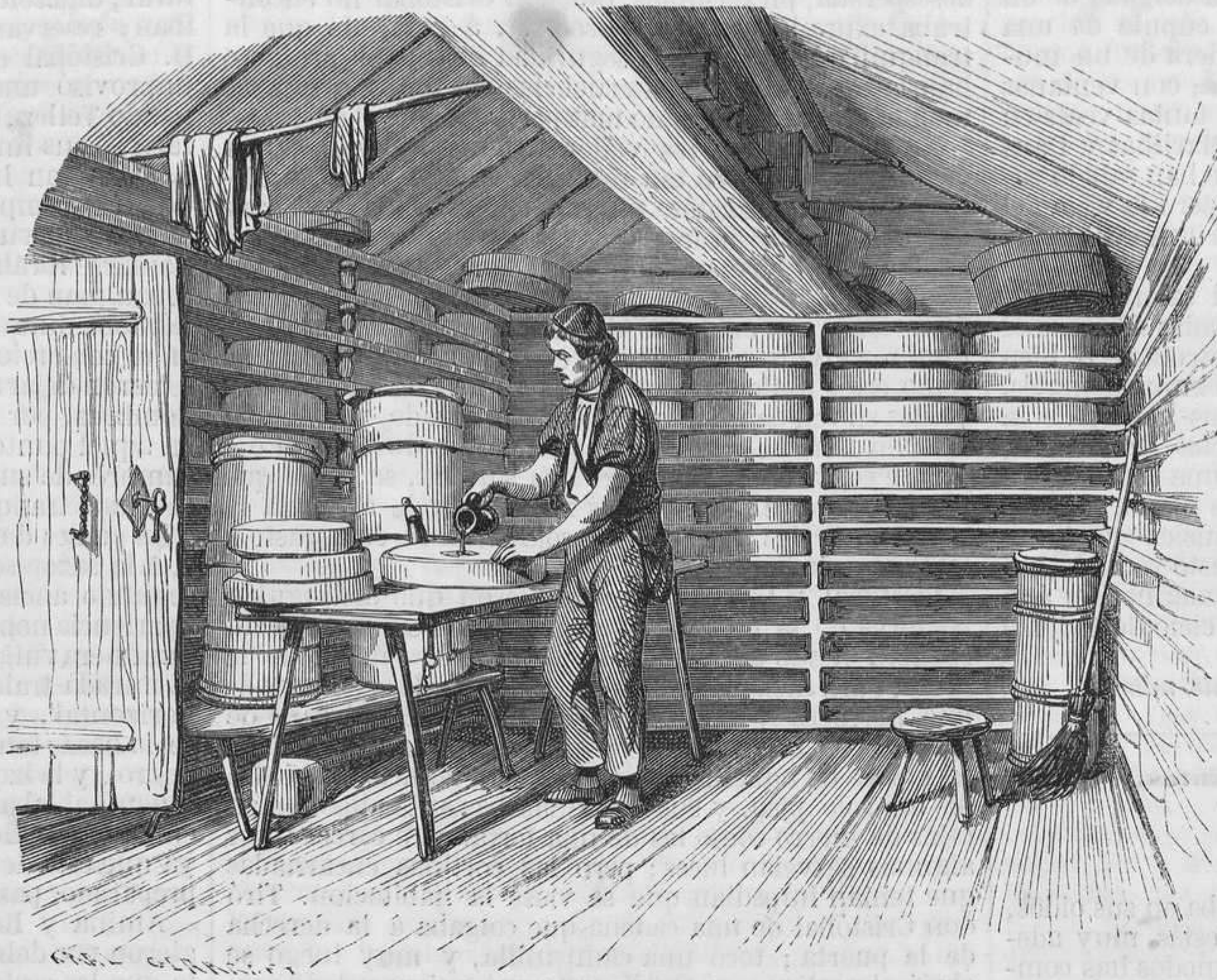
La cantidad del ganado está en relación con la yerba que puede ser consumida ó recogida. Ahora bien, considerando la extensión sin límites de las praderas, desde el fondo de los valles hasta las crestas más elevadas, se inclina uno á creer que esta cantidad podría ser, por decirlo así, ilimitada. Pero por otra parte, al ver la dificultad con que luchan los montañeses de la Suiza para ponerse en posesión de las más pequeñas fracciones de pradera, se podría deducir que la producción de los rebaños toca allí los últimos límites de lo posible. Ellos hacen atravesar á sus rebaños terrenos

helados de difícil acceso para ponerlos en altos pastos, como los de la *Stieregg*, por ejemplo, en el fondo del helado Grindelwald, ó bien los conducen por senderos atrevidos, abiertos por ellos en roca viva, á anchos desiertos, como los de *Plater* y de *Barme-Rousse*, detrás del águila de *Varens* (Saboya), á fin de aprovecharse, durante algunas semanas en la escasa, pero excelente yerba que el festío hace florecer en aquellos lugares después de la tardía derretida de las nieves.

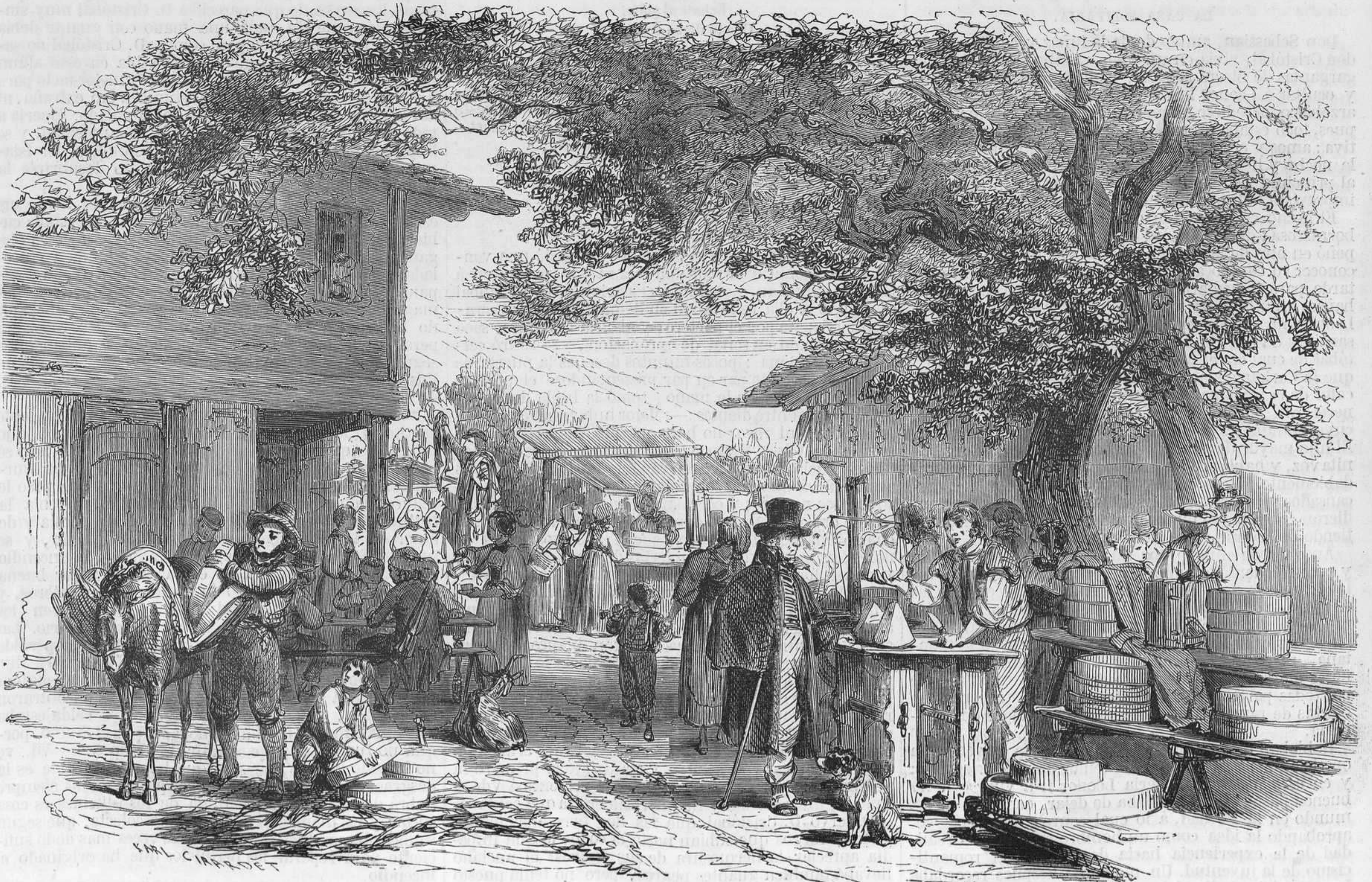
Los *alpes*, ó pastos de montañas, pertenecen al común, ó á particulares. En el primer caso, todo habitante tiene el derecho de enviar al pasto tantas vacas como pueda mantener en el invierno con la yerba de sus praderas. Los pastores son pagados por todos los vecinos. La repartición de los quesos tiene lugar, no como se hacía otras veces, en razón de las cabezas de ganado, sino en razón de la leche de cada vaca, proporción estimada por proveedores, en presencia de los

grosso y más seguro. Montañés hay que lleva ochenta libras de sal á las sierras más elevadas y por asperísimos senderos, donde sería ya una penosa fatiga para un viajero joven y bien constituido trasportar solamente su persona.

Este desarrollo de fuerzas musculares es tanto más admirable en aquellos montañeses, cuanto que su manutención está muy lejos de ser suculenta, y la de los pastores de los altos Alpes en particular parece ser enteramente insuficiente. Los hay que durante el pastoreo no conocen el uso del pan, y se mantienen toda la estación de queso y suero. El queso que forma su principal alimento es el *seret*, cuajo extraído del suero después de la confección del queso craso. Este régimen debilitante, y cuya sola idea bastaría para indisponer á los habitantes de las ciudades, no los anima en verdad, y bastante es que no los abata completamente con la



Molde de los quesos.



Feria de los quesos.

vida activa que llevan. Durante la primera semana de la vida de la quesera (*chalet*) están fristes y lánguidos; pero se aclimatan muy pronto, y bajo la influencia del aire puro y vivificante que respiran, recobran su buen humor y aun su alegría; alegría grave sin embargo, grave como su figura, como su palabra, fuertemente acentuada, y aun muchas veces de una rudeza que sorprende la primera vez que se oye, cuando no se conoce su carácter dulce y hospitalario.

Los pastores en los altos Alpes no están mejor alojados que nutridos. Sus cabañas no son mas que miserables abrigos, mal cerrados, donde se acuestan en una cama dura y grosera, y muchas veces aun se ven obligados á estar con el mal tiempo fuera para cuidar su ganado é impedir que se extravie ó se precipite por algun derrumbadero. Las cabañas situadas en la parte honda de los valles son mucho mayores, mejor construidas y acomodadas; además del punto donde se hace el queso, y las alcobas donde duermen los pastores, se encuentran tambien establos y graneros.

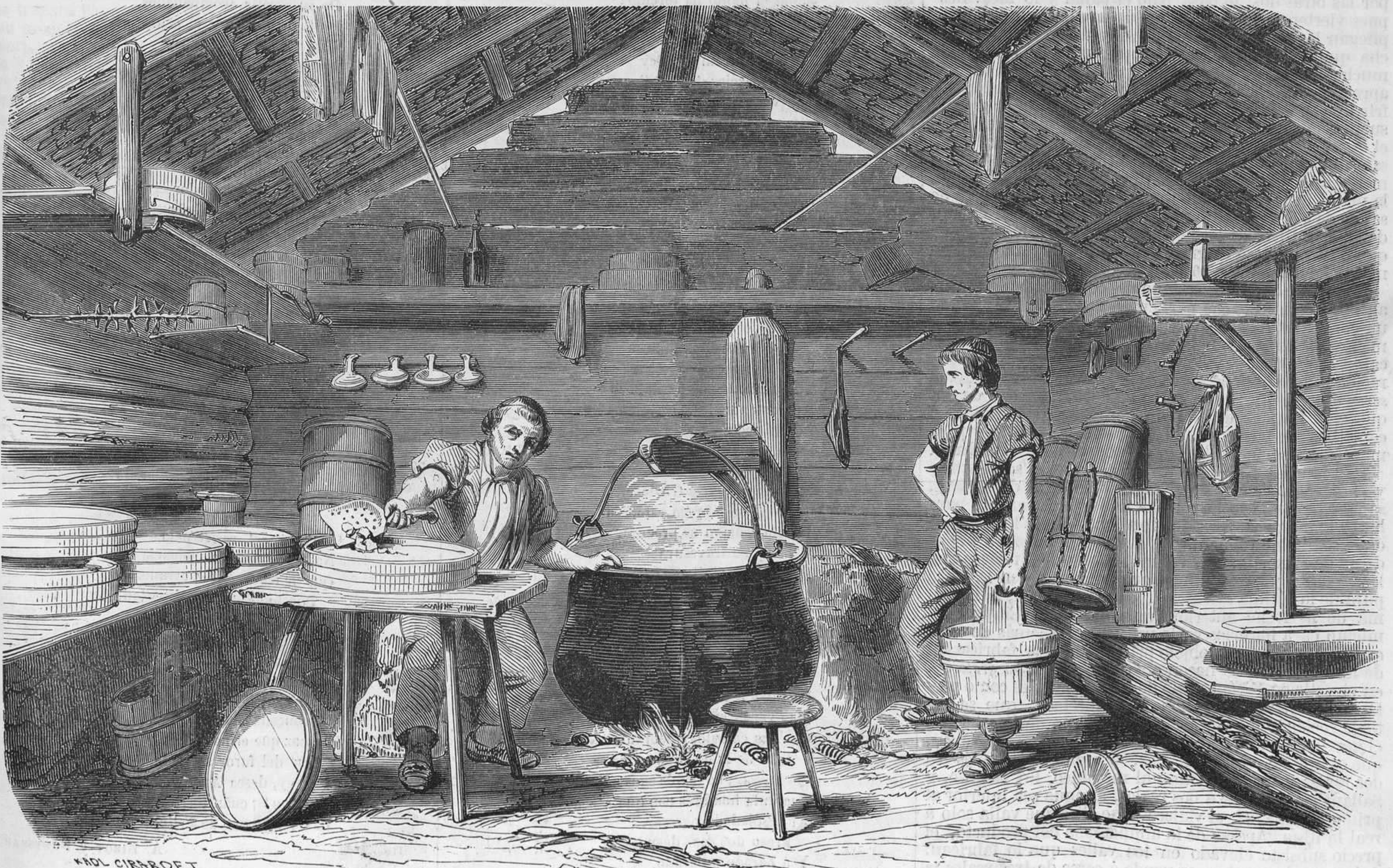
Algunos establos están en edificios separados. Hay por otra parte mucha diferencia no solo entre las queserías de diversos cantones de la Suiza, sino tambien entre los de un mismo valle; desde la cueva estrecha hecha de guijarros, con el tejado de baldosas; desde la cabaña construida con troncos en bruto de abeto, puestos los unos sobre los otros, y con mortero por los ángulos, teniendo un ancho y bajo tejado cubierto de grandes hojas llamadas *anselles*, que sujetan y defienden contra el viento piedras y tarugos de madera trans-

versales, hasta los espaciosos y elegantes edificios del alto simental con su tejado de pizarras. Por rudos que sean los trabajos de las queserías en las localidades donde una parte de la poblacion masculina tiene costumbre de emigrar y particular en la Saboya, las mujeres son algunas veces las únicas que las desempeñan. Esto, sin embargo, va haciéndose raro, y puntos hay ya donde ha cesado por completo: citarémos entre otras, las queserías de Villi al pié del Buet y de la garganta de Anterne, gobernadas hoy por hombres. Por lo demás, las penosas ocupaciones á las cuales se entregaban, parecia, segun lo que pudimos observar hace algunos

cabeza la poco graciosa cofia de las valesanas, pero fuera de esto, permitido era dudar; estaban envueltas con una especie de chalecos, y llevaban pantalones indescriptibles que les llegaban debajo de las rodillas; las piernas desnudas y los piés con zuecos, navegaban en el cieno del establo, cuyo fango eterno les prohibia el uso de los vestidos propios de su sexo. Yo no he visto jamás cosa mas triste y horriblemente sucia. ¡Y sin embargo aquellas eran las pastoras de los Alpes! ¡Pobres criaturas! ¡qué vida de abnegacion han debido traer desde su juventud! Si han oido decir « que se ha visto algunas veces que reyes se casaban con pastoras,»



Fabricacion del queso en los Alpes. Aldeanos ordeñando las vacas.



Cabaña donde se cuece la leche.

poco dispuestas debian estar ellas á creer en tales juegos de amor y azar. En cuanto á ellas, bien sabian que jamás se casarian mas que con la miseria y el trabajo; y sobrellevando tan laboriosa vida, volvian sus miradas y sus esperanzas hácia el cielo, no conservando para la tierra mas que la honradez y la resignacion. Se negaron absolutamente á vendernos leche: «su señor se lo habia prohibido.»

Todos los años, cuando llega el buen tiempo, los rebaños, saliendo de su largo cautiverio, se lanzan alegremente á pacer la fresca yerba, y aspirando las dulces brisas que bajan de los Alpes mas elevados, limpios ya de nieve, se muestran impacientes de trepar á las montañas que ya conocen, y que gustan de recorrer con toda libertad. Detrás de ellos, recobra el propietario su vida nómada, y sino, el frutero, el pastor-criado, ajustándose con el propietario por toda la estacion, gana con ellos la cabaña que habitaba el año precedente. Todos los utensilios necesarios á la fabricacion del queso son llevados allí de antemano; sellos, vasijas de madera, hormas, calderas, etc., etc. La eleccion del frutero es cosa importante; los del canton de Friburgo tienen reputacion de hacer el mejor queso. Para cincuenta vacas hay ordinariamente además del frutero un pastor, un ayudante y un muchacho.

Ya las vacas han vuelto á tomar sus caminos acostumbrados; ya vuelven ellas solas á la cabaña á la hora de ordeñarlas; en caso de necesidad, las mas perezosas ó recalcitrantes obedecen á la voz estentórea del pastor. Se las ordeña dos veces al dia; para esto los pastores se han atado al cuerpo un banquillo que descansa sobre un solo pié para trasladarse fácilmente de una á otra. La leche recogida se vierte en vasijas de madera muy anchas, y con el fondo llano, para que la crema suba con mas facilidad, si se quiere hacer manteca.

Para hacer el queso de Gruyere, se echa en la gran caldera suspendida en el atrio á una horquilla movable, y despues de ponerla á la temperatura de 25° próximamente, se la aparta del fuego, y se la añade, para hacerla cuajar, agitándola mucho, *cuajo*, es decir una pequeña cantidad de agua en infusion durante muchos dias con diferentes ingredientes, como sal, pimienta, etc., á los cuales se añade el cuajo natural del estómago del ternero. La habilidad del *greverand*, (que es el que hace el queso á la Gruyere) consiste en dirigir bien la precipitacion del cuajo. Cuando juzga que la coagulation es completa, divide el cuajo en muchas proporciones, y lo bate con la mano, ó con alguna rama de pinabete, hasta que lo convierte en pulpa. Durante esta operacion la caldera ha vuelto á ser puesta en el fuego, y el líquido elevado en la temperatura de treinta y tantos grados; despues de lo cual se retira de nuevo, continuando en menearla. Poco despues, y dos horas poco mas ó ménos pasadas desde el principio de la operacion, el queso se deposita en el fondo de la caldera. Entónces el frutero, rollando en una varita una de las puntas de un lienzo muy grande, que tiene un ayudante agarrado por las otras dos, lo pasa bajo el pañal y lo saca. Despues vierten la masa en el molde envuelto en el lienzo, pliegan las puntas begeras y cargan todo en una plancha que tiene el peso de una prensa. Por espacio de muchas horas, se da vueltas con frecuencia al queso, apretándolo cada vez mas en el molde, y haciéndole sufrir una presion mas fuerte para hacerle soltar todo el suero que contiene. Al dia siguiente se puede llevar ya el queso al almacen para comenzar la operacion de la salazon, que dura dos meses próximamente. Diariamente se le da vuelta y se le frota con sal extendida con la mano. Se ha calculado que la cantidad absorbida de sal es de 4 á 4 y medio por ciento, y que se necesitan de 12 á 16 litros de leche para hacer un kilógramo de queso medio-craso de gruyere, de 15 á 18 para el queso mas delgado, de 20 á 30 para el *seret*.

En cuanto al suero, residuo del cuajo, el frutero sabe aun sacar las últimas partículas quesosas, empleando un cuajo mas fuerte, compuesto como el primero, solamente que se le añade suero agrio, acederas, ciruelas campestres, etc., etc. El producto de esta segunda operacion que se obtiene en una hora, es lo que se llama el *serac* ó *seret*, queso blanco, alimento habitual de los queseros. Despues de esto, el suero es puesto tambien á contribucion hasta donde es posible, sirviendo para mantener los puercos que andan al rededor de la cabaña.

Hay muchas clases de queso; el craso, el semi-craso, y el delgado. Este último, el mas inferior de los tres, se fabrica con la leche que ha dado ya la crema para hacer la manteca. El segundo se hace con la leche pura, de la segunda ordeñadura y la de la ordeñadura precedente descremada. Por último, el craso se fabrica con leche pura, y por algunos, aunque raros, con la leche pura de la última *extraccion*, á la cual se añade la crema de la leche anteriormente ordeñada. El procedimiento para hacerlos varia muy poco. Además de estos quesos á la Gruyere, objeto principal de la fabricacion de las queserías, se hacen otros diferentes; el *grateron*, en el valle de *Sixto* es uno de los mejores, es como pasta de gruyere, pero mucho mas apretada, que se obtiene coiciendo mas la leche. Desde el fin de la estacion, el queso nuevo aparece ya en los mercados. En *Vevey*, que es uno de estos mercados, se vende á dos reales ó á dos reales y medio la libra al menudeo. En *Megeve*, y *Sallanches* se vende á dos reales, aunque sea inferior al primero. En 1782, el viajero *Coxe* dice que valia solo á real la libra. Apesar de la abundancia del producto, el precio subsiste elevado en los valles que lo fabrican. Así es que la manteca se vende á cerca de tres reales la libra en *Sallanches*, mas cara que en la misma ciudad de *Ginebra*.

El queso suizo, bien fabricado, y puesto en lugares convenientes parece que se conserva indefinidamente. *M. Ramond*, anotador de *Coxe*, dice que comió de un queso que tenia sesenta años en casa del cura de *Lanterbrunnen*. El cura de *Ferden*, pueblito situado al pié de los *Altels*, en el escondido valle de *Lätschen*, queriendo hacernos un obsequio, nos sirvió un dia de uno que decia que tenia cien años. Aunque la cristiana credulidad de estos señores curas haya sido un poco burlada, es constante que aquellos quesos eran de respetable edad, y que en casa de los curas y vicarios se encuentran en los pobres valles de los Alpes los bocados reputados mas exquisitos.

Terminada la estacion, el frutero entrega los quesos al propietario, y se vuelve á su casa á pasar el invierno, con un producto de sesenta á cien francos, fruto de las penosas faenas de tres meses: el ayudante recibe la mitad, y el muchacho una docena de francos. Hace algunos años, las ocho mujeres que tenian á su cargo las queserías de *Villi*, recibian por dos meses y medio un franco por vaca para hacer el queso y guardar la vacada; añádase á esto la mesa y el alojamiento. Ya se sabe en que consiste.

La última operacion, la bajada de los quesos de los graneros de los altos Alpes, reúne á todos los miembros activos de la familia del propietario, y anima en uno de los mejores dias del otoño, por la última vez, las soledades alpinas, que van á invadir muy pronto las nieves y los hielos. En esta circunstancia vuelve el montañés á hacer uso de la fuerza que ha adquirido como fardero. Se le ve marchar con paso firme y mesurado bajo el enorme peso que ha echado sobre sus espaldas. ¡Desgraciado en aquella ocasion el viajero rezagado y demasiado delicado, obligado á seguir el mismo camino! El espectáculo que hiere aun sus ojos es todavía el de la «graciosa cabaña,» pero las brisas que respira no están ya «embalsamadas por el perfume de los pinos.»

D. Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

I.

Temán los privados, temán
De los tronos los reflejos,
Porque alumbran desde léjos,
Pero de muy cerca quemán.

Y el que con ansiedad terca
Busca del rey las privanzas,
Se rodea de asechanzas
Y de peligros se cerca.

Antonio Perez, valido
De la augusta majestad,
Cuya férrea voluntad
Jamás el llanto ha torcido;
Ministro de un rey que brilla
Como nunca brilló un rey,
Pues al orbe impone ley
Con los tercios de Castilla;
Envidias excita, y luego
Con su privanza provoca
Las calumnias que en la boca
Tiene siempre el palaciego.

Terribles sus brios son;
Pero Felipe segundo
De carácter iracundo
Y acerado corazon,

Con solo un dedo le abruma
Si sobre él un dedo asienta,
Y con un soplo si alienta
Le deshace como espuma.

Entre soberbios tapices
Pasó ayer horas de gozo,
Y hoy cuenta en un calabozo
Sus instantes infelices.

Cual red de estado preso
Le aguarda muy dura suerte;
Pero el temor de la muerte
Su ingenio aguza travieso.

Desde su lóbrega estancia
Pronta evasion se procura,
Y burla su travesura
De todos la vigilancia.

Calatayud le da asilo,
Mas su suerte es tan ingrata,
Que ni en sagrado Zapata
Le quiere dejar tranquilo.

Zapata gentes levanta
Pagadas á sus espensas,
Mas vanas son sus ofensas,
Que sus cálculos quebranta
Juan de Luna, que es señor
De Purroy, de donde saca
Cuarenta hombres con que ataca
Al despiadado agresor.

Preso dos dias despues
Y á Zaragoza llevado,
En la cárcel visitado
Perez de los nobles es;

Y bien pronto su elocuencia
Y su estilo cortesano
Del pueblo zaragozano
Le dan la benevolencia.

De Bearne con la princesa
Mantuvo un trato fatal,
Y por esto al tribunal
Del Santo Oficio le pesa

En la manifestacion
Verle, pues es su deseo
En las mazmorras al reo
Hundir de la Inquisicion.

Del infeliz se apoderan
Despues los inquisidores
Que apacentar sus furoros
En el desdichado esperan.

El pueblo indignado brama
Y de venganza sediento
Se arma luego y turbulento
A Antonio Perez reclama.

A manera de turbion
O de mar que el viento irrita
Feroz murmura y se agita,
Y amargos sus gritos son.

Cuesta al Santo Oficio cara
Su crueldad importuna,
Que el pueblo se desayuna
Con la sangre de Almenara.

Los inquisidores huyen
Al invadir sus hogares
Las mil turbas populares
Que cuanto tocan destruyen.

Y que cobran desarrollo,
Y que hierven afanosas,
Cual las olas horrascosas
Al rededor de un escollo.

Los inquisidores ceden
Del pueblo á las exigencias,
Porque temen sus violencias
Y resistirlas no pueden.

Mas no por esto abandonan
Los temerarios su empresa,
Que aunque perdieran la presa
Recuperarla ambicionan.

El tumulto se aplacó,
Y miétras del campo dueño
Todo el pueblo tomó sueño
Sobre el laurel que alcanzó.

Imprudentes magistrados
De nuevo á Perez prendieron
Y al tribunal le volvieron
De su escolta acompañados.

Gil de Mesa que el primero
Esta triste nueva supo,
Aparece con un grupo
De zaragozanos, fiero;

Que le escucha con afán
Y se embravece á su voz
Como el piélago al feroz
Impulso del huracan.

En la voz del orador
Furor y venganza bebe
Toda la sangrienta plebe
Que forma un sordo rumor.

Una algarabía ingrata,
Un murmullo que da miedo,
Y del arco de Toledo
La bóveda lo dilata.

Nadie á contener alcanza
El impetu de la gente
Que á manera de un torrente
Hácia la cárcel avanza;

Y al llegar «no mas traidores»
Va gritando furibunda
Y en muy poco tiempo inunda
El atrio y los corredores.

Ninguno la puerta atranca
De la cárcel, resistencia
Nadie opone á la violencia
Que de ella á Perez arranca.

Puesto el preso en libertad,
Es victoreado, y despues
Bajo el pabellon francés
Va á buscar seguridad;

Pues temiendo otra refriega
En su patria, pide al cielo
Le conceda extraño suelo
La paz que el natal le niega.

Que del furor se emancipe
Del rey, desea Aragon,
Mas ¡ay! ¡cuán terribles son
Las venganzas de Felipe!

A. RIBOT y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

Historia de la semana.

Después del carnaval, la cuaresma; lo que quiere decir que después de los bailes vienen los conciertos. La cuaresma es la época de los predicadores y de los artistas. La sociedad elegante acude un domingo á Nuestra Señora á oír la elocuente é inspirada voz del P. Lacordaire, y al siguiente se dirige al Conservatorio, donde la primera sociedad musical que hoy día se conoce, ejecuta con la última perfección las inmortales obras de los grandes maestros alemanes. Dichosos aquellos que penetran en este santuario de la música sagrada, cuyos palcos y lunetas se legan de padres á hijos y se disputan á veces ante los tribunales. El público que paga está excluido de esta clásica reunión. Beethoven, Rossini y Mozart no admiten en su templo á los profanos.

Pero, ¿quién puede carecer de diversiones en París, en esta Babilonia de las artes? La orquesta del Conservatorio tiene sus rivales en las sociedades de Santa Cecilia, de Feliciano David, de Berlioz etc., y además de estos conciertos ordinarios hay siempre los de los artistas mas célebres de Europa que vienen á París en esta época á lucir sus talentos y á sancionar ó consolidar sus reputaciones. En una palabra, desde los que poseen el privilegio de penetrar en el recinto del Conservatorio hasta los que acuden á tomar su *media-taza* en el ahumado salon de un café cantante, todo el mundo disfruta de su parte de armonía en la cuaresma filarmónica parisiense.

Entre los artistas que mas han llamado en estos días, figuran los nombres de dos célebres violinistas que citamos aquí con tanto mas gusto, cuanto que ya son conocidos de muchos de nuestros lectores de América. El primero, M. Vieuxtemps, ha dado dos conciertos muy concurridos, y después ha salido al teatro de la Opera, donde ha producido el mismo efecto que en la sala de Hertz, esto es, una admiración extraordinaria entre los aficionados, y un gran entusiasmo entre los hombres del arte. M. Vieuxtemps posee en un grado eminente las cualidades del violinista severo, un estilo grandioso y sonoro, una notable precisión y una limpieza perfecta en las mas arduas dificultades. Su movimiento de arco es verdaderamente magistral; sus cuerdas cantan y no gritan, como sucede con frecuencia á muchos violinistas. Sin embargo, á pesar de sus prodigios de ejecución, se echa de ménos en M. Vieuxtemps esa sensibilidad expansiva y penetrante, esa imaginación enérgica, en una palabra, los rayos de esa espontaneidad divina que es la señal característica de la vocación superior de los grandes genios. Sus composiciones, sin estar á la altura de la música de los maestros, poseen cualidades dignas de todo elogio.

El segundo de estos dos violinistas de que hablamos, el señor Sivori, nacido en Génova en la misma ciudad de Paganini, cuya escuela perpetúa, después de haber sido discípulo de este maestro incomparable. Por eso de todos los violinistas que se han precipitado por la senda que trazara Paganini, Sivori es el que mas se aproxima á su modelo. Las principales cualidades del talento de Sivori, son el brio, la pasión, una sensibilidad exquisita y una fuerza extraordinaria, acompañado todo de una precisión y una desenvoltura extraordinarias. Canta, llora y rie sobre su violín con una destreza de demonio. Cuando se le oye tocar su concierto en *si menor* de su maestro Paganini, el auditorio se queda á la vez enagenado y sorprendido. Además, como M. Sivori ha nacido violinista, lo mismo toca la música de Mozart y de Beethoven que la de los maestros italianos, y la simple música popular de los muchos países que ha recorrido, y entre los que descuellan sus hermosas composiciones habaneras.

Ya que estamos á la filarmónica, ántes de pasar á otro asunto, queremos contar á nuestros lectores una anécdota que prueba hasta qué punto puede ser fatal para los oídos del prójimo el gusto loco y desordenado que hoy reina por la música.

Exceptuando algunos salones privilegiados donde se reúne una sociedad inteligente, lo demás está reducido al eterno piano, que no falta ya en ninguna parte, y á los cánticos que todos conocemos de la señorita de la casa ó de los aficionados.

Nuestra aventura es la siguiente: Un crítico musical de varios diarios parisienses, que hace y deshace reputaciones á su antojo, asistió el lunes último á una reunión musical, previa una esquila de convite en que le prometían montes y maravillas.

— No se esperaba mas que á usted para dar principio, le dijeron con el tono que se emplea para hablar á un hombre cuya importancia está fuera de duda; pero, ¡ay! tenemos que añadirle que nos han faltado á su palabra nuestros principales artistas.

El piano estaba abierto y las puertas cerradas, de modo que toda tentativa de fuga era imposible.

Principióse pues por una sonata tocada por una niña, lo que equivale á decir que fué aquello un diluvio de notas falsas que tuvo que aplaudir estrepitosamente, porque debe tenerse en mente la timidez, gracia fugitiva que se va con los años.

Concluida la pieza, hubo que dar un beso á la niña, y que felicitar á sus padres, que en el calor de su gratitud se apresuraron á añadir:

— Después tocará otra cosa mas difícil; va usted á ver qué disposición tiene.

El periodista temiendo lo que le esperaba, se disponía á salir, cuando la señora de la casa le detuvo para presentarle un joven, alto, delgado y de rostro macilento, acompañando su detención con estas palabras:

— Este caballero es un compositor de mucho mérito; pero tiene tanta modestia y timidez que no quiere presentarse delante de la gente. Este año ha publicado un album compuesto de doce melodías, doce obras maestras, que dejan muy atrás todo lo conocido. Oigale Vd., y podrá usted hacer sobre él un excelente artículo.

Y entretanto ya el humilde compositor estaba al piano preludiando su acompañamiento.

Primero cantó una *Mirada*, luego una *Sonrisa*, luego un *Beso*; de allí se lanzó en lo patético, y entonces se oyeron alternativamente la *Maldición de un Padre*, la *Venganza* y la *Loca de las playas*; y por último, siguieron tres canciones cómicas, sin ser alegres, y tres nocturnas que se canta á sí mismo.

— ¡La broma duró dos horas y treinta y cinco minutos!

— ¡Será otro Schubert! dijo una inglesa.

— ¡Será un Meyerber! — ¡Será un Mozart, exclamaron otros.

— Ya está usted oyendo lo que dicen de ese talento; si quiere usted repetirlo en un periódico, mi compositor le quedará á usted agradecido, sobre todo si tambien le proporciona usted un editor que le compre su música.

Esto decia la dueña de la casa al infortunado periodista.

Otros talentos semejantes andaban ya rodando hácia el piano, pero el mártir se aprovechó del intermedio para salir á sacudirse el polvo á la calle.

Como hemos dicho, esto acaeció el lunes último; los días siguientes el valeroso periodista consagró todas sus noches á reuniones musicales; fué una semana entera de expiación, que debe tenerse en cuenta. El martes, miércoles, juéves, viernes, sábado y domingo se presentó en seis casas diferentes; en todas ellas habian faltado los artistas, pretextando que estaban con la enfermedad de moda, con la gripa; pero en todas ellas tambien habia una niña de nueve á diez años que ejecutaba piezas *erizadas de dificultades*, y muy á menudo descollaba en la reunión el macilento compositor tan tímido «que no queria presentarse delante de la gente.»

El periodista no pudo mas; de vuelta en su casa juró que no volvería á escribir una sola línea de música, y participó esta heroica resolución por medio de una circular dirigida á todos sus amigos y conocidos.

En efecto, el que cuenta la anécdota asegura que ya nuestro hombre no vive de la música.

Concluirémos la parte filarmónica de nuestro artículo diciendo dos palabras sobre las grandes fiestas musicales dirigidas por F. David, que deben tener lugar en el Jardín de Invierno, durante la cuaresma, y que ya llaman la atención de los aficionados. La primera de estas solemnidades tendrá lugar el 20 de febrero. Doscientos artistas de primer orden y varios cantantes de la Opera Cómica tomarán parte en el programa, que comprenderá principalmente la célebre oda trifonia del *Desierto*, y los principales fragmentos del *Eden* con estrofas declamadas, solos, coros y orquesta. M. F. David con Hécctor Berlioz son en Francia los jefes de la escuela musical germánica que imitan, hasta donde les es dado, las grandes composiciones de los maestros alemanes. Su música tiene ese sello grandioso de las obras inmortales de Hayden, Mozart, Beethoven, Mendelshen, etc., y de aquí proviene que sale á luz en esta época de conciertos espirituales.

— M. Toussnel acaba de publicar una obra titulada el *Mundo de las aves*, que encierra mas de una idea nueva y pintoresca sobre los animales, y principalmente contiene mas de un hecho curioso y mas de una anécdota digna de llamar la atención de nuestros lectores.

Principiarémos por decir que M. Toussnel es un hombre apasionadísimo de las aves, que segun los principios de analogía ó de unidad, él considera como semejantes á nosotros, aunque en un estado incompleto. El amor á las aves es un punto ignorado de la filantropía, y M. Toussnel es sin duda ninguna el hombre mas filantrópico del mundo entero.

Y sin embargo, él mismo cuenta que ha habido un noble portugués, el señor marqués Gama de Machado, que le excedía en estos amorosos sentimientos. Este marqués habia recibido al nacer una fortuna colosal que quiso consagrar íntegra á dar hospitalidad á las diversas aves que pueblan los continentes. Su palacio era una inmensa jaula donde reinaba siempre una temperatura tropical. La naturaleza indignada sin duda de la conducta del hombre con las demás especies de la creación, quiso hacer del señor Machado un hombre á parte, que tuviese tan poco de hombre, que por eso mismo pudiese entrar en gracia cerca de las víctimas de nuestra crueldad. Con esta intencion, la naturaleza le dió una estatura de pigmeo y una fisonomía extravagante, pero en cambio le dió un alma inagotable de ternura para todos nuestros hermanos del aire ó de los bosques. Siempre era día de fiesta en su palacio: grandes lacayos con librea y con la espada al lado, daban de comer á los convidados que vivían por orden de nobleza en las jaulas.

Dumont-Durville dejó por su testamento á una señora un loro de un nuevo género, que hasta entonces no se habia visto en Europa. El marqués de Machado al saber la deplorable muerte de Dumont-Durville, se fué al instante á visitar al desgraciado huérfano.

— ¡Ese loro está malo! dijo á la señora saludándola apenas, y sin mas cumplimientos.

La señora creyendo que el marqués queria regatear el loro, le contestó:

— No está de venta, caballero.

— No me ha comprendido usted; digo que este loro

está malo, porque carece de distracción y de las golosinerías propias de su clima. ¿Le da usted á comer piña?

— No señor, no tengo los caudales de Rothschild.

— Malo, muy malo, ese loro no durará cuatro días.

Y dicho esto, el marqués de Machado se volvió á su casa.

Aquella misma tarde, la dueña del loro vió entrar en su aposento un lacayo de toda gala que llevaba en una bandeja de plata un pedazo de piña de América, con varias sortijas y juguetes de oro y de marfil; y desde entonces hasta que murió el loro, el mismo lacayo le llevaba la misma ración de fruta diariamente.

Otra vez un joven naturalista fué á ofrecer al señor Machado un ave acuática que habia recogido en un estanque de Meudon.

— Esa ave no vive en jaula, respondió el marqués, hay que soltarla al punto.

El naturalista extendió el brazo para abrir el balcón.

— No por cierto, dijo el marqués deteniéndole, eso no se hace así.

Y tocó la campanilla.

— José, dijo á su lacayo, pon la carretela y lleva ese inocente animal al bosque de Meudon.

En efecto, José llevó el ave acuática á su estanque.

El autor del *Mundo de las aves* pregunta á renglón seguido á sus lectores, si conocen un rasgo mas bello que este en la historia romana.

— El acontecimiento capital de la semana ha sido la apertura del Museo de los Soberanos en ese palacio del Louvre que encierra en su seno tantos tesoros de arte. Esta nueva galería de curiosidades ocupa cinco salas, á saber: la sala de Ana de Austria, los aposentos de Enrique IV y de Enrique II, el salon real y el salon imperial. El principal atractivo de esta colección no se halla tanto en el número de objetos que se ven ya y que se irá aumentando sucesivamente, como en la autenticidad histórica de esos mismos objetos. El director del Museo se ha mostrado tan escrupuloso en cuanto á esto, que ha desechado piezas de un gran valor artístico por el simple motivo de que no podia probarse su origen de un modo incontestable.

La muchedumbre que acudió en tropel el día que este nuevo Museo se abrió al público, después de haber atravesado las salas de Ana de Austria y de Enrique IV donde están las armaduras de los reyes Francisco I, Francisco II, Enrique II, Enrique III, Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, se detuvo sorprendida en el salon de Enrique II, donde se halla la capilla del Espíritu Santo, que se llevaba al sitio donde se celebraba la ceremonia de la recepción de los que entraban caballeros en tan famosa orden. El esplendor de sus magníficos ornatos, y las ricas capas bordadas de llamas deslumbradoras de muchos de sus ilustres miembros, cautivaron en sumo grado la atención del público.

La sala real presenta diverso aspecto. Allí se ve entre otros objetos, la espada que llevaba á su boda Luis XVI; un espejo y un candelero de exquisito trabajo que la república de Venecia regaló á María de Médicis; la espada y las espuelas de Carlo-Magno; la espada de Francisco I, que lleva en la guarnición esta divisa bíblica: *Fecit potentiam in brachio suo*; el manto y los trajes de ceremonia de la consagración de Carlos X, y por último, una preciosa colección de manuscritos y de devocionarios pertenecientes á Carlo-Magno, á San Luis, á Ana de Bretaña, y á María Estuardo.

En el mismo salon se hallan el famoso asiento de hierro del rey Dagoberto, forjado por San Eloy; el cofrecito de guardar alhajas de la reina María Antonieta; un cañoncito con un tiro de caballos de marfil que regalaron á Luis XVII; la mesa de despacho de Luis XVIII, y un escritorio de Luis Felipe medio destrozado por los revolucionarios de febrero.

El salon imperial es el mas portentoso de todos en cuanto á sus adornos. Lo primero que se ve son las cuatro magníficas sillas orientales que regalaron á Napoleon durante su campaña de Egipto; luego viene su mesa, el sillón en que tantas veces se sentó en las Tuilerías, sus carabinas y pistolas de viaje, su lecho de campo, y la cuna de seda del rey de Roma, que sirvió después para el duque de Burdeos.

En los espléndidos escudos de armas colocados en torno del salon, se ven los mantos y trajes de las ceremonias, la famosa corona llamada de Carlo-Magno que llevó Napoleon cuando fué consagrado, y la casaca de general de la república que le cubria en la batalla de Marengo. Después se ve el glorioso sombrero que llevaba en 1814, y mas allá una mecha de su pelo mezclada con los cabellos de su hijo, de quien se guarda allí una chaquetilla y un pantalon blanco recogidos en 1822 en Viena.

Pero lo que sobre todo llamaba la atención en esta sala, era la célebre bandera de los granaderos de la guardia imperial, religiosamente conservada después de la despedida de Fontainebleau por el general Petit, y el sombrero plebeyo que el prisionero de los ingleses no quiso abandonar un instante durante su permanencia en Santa Elena.

X.

Revista agrícola.

La Bélgica se muestra decidida á lo que tiene sobre la Francia en los arados. Además de su excelente arado que Dombasle construyó en Fr



Segador del heno.

instrumentos mas muy importantes, ambos para los labradores, pues deben facilitar hasta lo sumo las duras tareas del cultivo y de la cosecha, así como la delicada operacion de la siembra de plantas-raíces, como la remolacha, etc. M. E. Peers, miembro de la Cámara de representantes de Bruselas, ha señalado últimamente en un artículo publicado por la *Independencia belga*, los magníficos resultados debidos al empleo de una planta-



Agavillador.

dor-mecánico y de un *escardillo*, inventados por M. H. Ledocte, director de una escuela de agricultura, instrumentos muy superiores, en su sentir, á los sembradores mecánicos. Solo una cosa falta, y es la descripción de ambos instrumentos que debia haber añadido el autor del artículo á los interesantes pormenores que publica. ¿De dónde provienen los cereales? ¿Existieron en estado silvestre y el hombre los ha ido perfeccionando poco á poco mediante un cuidado asiduo é inteligente? Cuestion es esta que mas de una vez ha querido dilucidarse. La opinion de que los cereales pueden degenerar y transformarse, se apoya en un crecido número de hechos omisos. En 1632, Gerarde escribia estas palabras: « Poseo la prueba de la transmutacion de las especies, que consiste en una espiga de trigo blanco muy hermoso, donde se ven tres ó cuatro granos de avena admirablemente conformados. » Mucho tiempo despues, Bonnet presentó á Duhamel un tallo que tenia en una de sus articulaciones una espiga de trigo y en otra una espiga de zizaña. Los periódicos científicos de Alemania y de Inglaterra han citado numerosos ejemplos de avena transformada en centeno. R. Phillips dice en su *Millon de Hechos* que la cebada degenera en avena en los años lluviosos, y que la avena se cambia en cebada en los años secos.

M. Raspail asegura haber visto un hermoso trigo sembrado en un terreno infértil, degradado hasta el punto de tomar las formas silvestres de la grama ú otro producto de esta especie. « Aun el trigo mas me-



Siega.

orado por el cultivo, dice M. Raspail, no tarda en degenerar en cuanto el hombre le abandona á sus tendencias especiales. »

M. Latapie, de Burdeos, cuenta que habia logrado transformar por medio del cultivo un grama vulgar, el *ægylops*, en trigo; y en el dia M. Víctor Meunier ha publicado los detalles de una experiencia de este género, llevada á cabo con una admirable perseverancia por M. E. Fabre, jardinero, y que ha obtenido los mejores resultados.

M. Fabre, conocido ya de los botánicos por otros trabajos muy recomendables, admite dos especies de *ægylops*; una, el *ægylops ovata*, que tiene de 20 á 25 centímetros de altura, y cuyos granos, salvo su pequeñez, se parecen mucho á los del trigo, y otra, el *ægylops triaristata*, de 30 á 35 centímetros de altura, cada cual de estas dos especies produce una variedad triticoida (esto es, análoga al trigo, del latin *triticum*). Estas variedades son mayores que los tipos específicos; sus espigas son mas largas y contienen mayor número de espiguetas, que á su vez son tambien mas productivas, y dan dos y tres flores fértiles.

Sus experiencias, comenzadas en 1839 y concluidas en 1850, han sido hechas sobre la variedad triticoida del *ægylops ovata*. Durante siete años las plantas fueron cultivadas en un terreno con un cercado de tapias muy altas; pero en 1840 el cultivo se hizo al aire libre.

Las experiencias consistieron en sembrar los granos



Rastrilladora.

recogidos por primera vez en la planta silvestre, y los que se obtuvieron en las cosechas sucesivas. De este modo se pudo observar la transformacion gradual del *ægylops* en *triticum*, esto es, el cambio de una yerba inculta en trigo.

Primer año de cultivo 1839. — La primera siembra se hizo en otoño de 1838. Las plantas llegaron á una altura de 70 á 80 centímetros, lo que vale tanto como decir



Acto de golpear los haces.



Esquiladora de ovejas.

espigas son todas iguales á las del *triticum*. Ya no hay espiguetas estériles, pues contienen por lo regular dos granos, y á veces tres y ménos apretados que en el año precedente. El aspecto es casi igual al que presenta el trigo.

1842. — Progreso ménos visible, porque la mayor parte de las plantas fueron roídas por los insectos. Se hallaron hasta tres flores en las espiguetas, que dieron dos ó tres granos bien desarrollados.

1843. — Las plantas llegan á un metro de altura, con granos tan bien desarrollados que entreabren sus cascarrillas. La semejanza es ya perfecta con el trigo: una planta da 3, 81 por 1, y otra 4, 50.

1844. — Todas las espiguetas son fértiles, y muchas llegan á dar hasta tres granos.

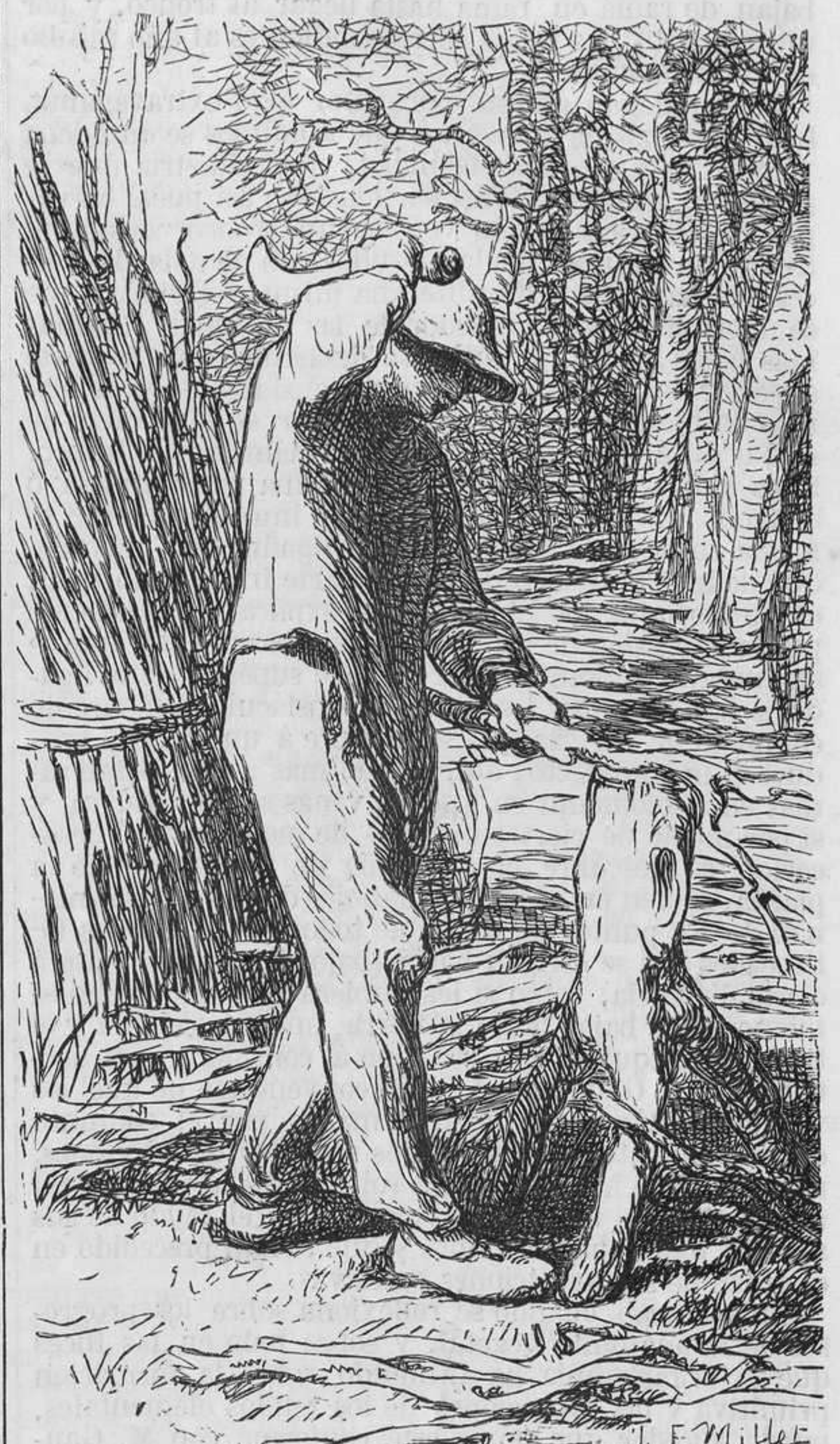
1845. — Las espiguetas tienen cuatro ó cinco flores, tres de ellas fértiles. Las plantas pueden considerarse ya como verdaderos *triticum*.

1846. — Cultivo al aire libre. — Se siembra como si fuera trigo. El sembrado estaba en un terreno rodeado de viñas y léjos de los campos de cereales. Por espacio de cuatro años, M. Fabre recogió trigos del *ægylops* en todo semejantes á los del *triticum*, produciendo cada año, como estos últimos, en los terrenos análogos de aquellas cercanías, siete ú ocho veces la simiente segun los años. Jamás ningun individuo volvió á tomar la forma primitiva.

M. Victor Meunier saca en conclusion de todo esto, que en el dia se conoce el origen del trigo, lo que ha



Acto de arrancar el lino.



Leñador.

que llegaron á una altura triple de la que tienen en el estado silvestre por el solo hecho de hallarse en un terreno bien preparado. Hubo algunas espiguetas fértiles con uno ó dos granos. La cosecha fué de 5 por 1.

1840. — Espiguetas mas numerosas, generalmente con dos granos; fruto mucho ménos apretado en su cascarrilla, y con mucha mas harina.

1841. — Aquí tenemos ya un notable progreso. Las

Uno de los miembros mas activos de la seccion de botánica sostiene con el mas íntimo convencimiento, que estas fibras son otras tantas raíces que todas las expansiones foliáceas lanzan por debajo de ellas, como sucede con las estacas que se plantan en la tierra. Todo renuevo que se desarrolla en las ramas mas altas de una encina ó de un álamo, tiene precision de brotar filamentos radiados que se insinuan entre la corteza y la madera, y



Batidora del lino.

enriquecido á la filosofia natural con un hecho cuya autoridad no admite duda.

Demostrada la afinidad del *triticum* y del *ægylops*, se debe apuntar aquí como una particularidad notable que, á pesar de que los *ægylops* silvestres crecen por todas partes en los cercados de los campos y aun en medio de las heredades, sin embargo sus caracteres no se alteran con ese contacto, es decir que no se opera ningun amalgama entre ambos géneros, de lo cual puede inferirse que la facultad que tienen las plantas de confundirse entre sí, no es en ellas una consecuencia necesaria de las afinidades que pretenden establecer los botánicos.

Para tener á nuestros lectores al corriente de lo que se trabaja en Francia en la botánica, vamos á dar cuenta aquí de un nuevo descubrimiento que se ha hecho en la fisiología vegetal:

En una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias de Paris, se ha leído una memoria remitida por M. Trécul, jóven botánico, relativa al aumento de diámetro de la gran mitad del reino vegetal, comprendida en la clase de los *dicotylédones*. La cuestion sobre que versa el trabajo de M. Trécul es, sin duda, una de las mas importantes y controvertidas de la fisiología vegetal. El origen de las fibras leñosas, que anualmente constituyen por su reunion la nueva capa que se adhiere á las ya existentes, ha sido el objeto de muchas discusiones.



Hilandera.

bajan de rama en rama hasta llegar al tronco, y por último hasta las raíces correspondientes al año mismo de su nacimiento.

Prescindiendo de este pormenor algo extravagante, todo lo demás de la teoría á que aludimos se encadena y desarrolla con una facilidad, una simetría que le grangean algunos celosos partidarios: así pues, las capas concéntricas que se ven en un tronco cortado al través, no son mas que la consolidación de todas las raíces que han bajado durante una misma estación, y que se unen en masa al rededor de las antiguas. Cuantas mas hojas broten y verdes se desarrollan en la parte superior de un árbol, tanto mas considerable es el manejo de filamentos, y cuanto mayor es el número de ramas del árbol, tanto mayor es el diámetro del tronco. Si se aplica una ligadura fuerte á una rama gruesa ó al tronco de un árbol, se ve que inmediatamente se forma en la parte superior de la ligadura un reborde, que detiene el desarrollo por la parte inferior, lo cual, en la teoría de los plegones se explica naturalmente por la supresión de los filamentos descendentes que se acumulan y aglomeran en la parte superior de la ligadura ó anillo que les sirve de obstáculo. Un círculo completo de corteza que se le quite á un tronco, produce el mismo efecto; aun sucede mas: si se cortan ramas en el momento en que las venas se desarrollan, y si por medio de ciertos métodos de maceración ó desecación se descubre la anatomía de esta parte de la planta, se ven en efecto los manojos de fibras que emanan de los puntos de union de todos los apéndices foliaceos que se dirigen hácia abajo, é interrumpidos á cierta distancia, como si les hubiera sorprendido en el momento de bajar hácia la tierra, entre la corteza y el tronco. Cualquiera que se pone á considerar esta doctrina de M. Gaudichaud, debe convencerse de que los vegetales están en realidad formados por el conjunto de una multitud de individuos sencillos de phytones, naturalmente ingeridos unos sobre otros, unidos de tal modo, que los últimos envuelven en el tejido de sus raíces á todos cuantos cubre y que le han precedido en el orden de sus apariciones sucesivas.

Sin embargo, cuando se reflexiona sobre los progresos de la anatomía vegetal, y sobre todo en las luces que la organogenia ha difundido sobre la formación primitiva y las evoluciones de los tejidos elementales, puede suceder que no se esté conforme con M. Gaudichaud, y que á pesar de las apariencias que tan hábilmente á dá los órganos sin excepción, deban comprenderse las fibras leñosas, como formadas en el mismo sitio, y desechando la opinión que las haría subir ó bajaren el mismo interior de la planta por medio de tejidos ya formados. Con esta idea está escrita la memoria de M. Trécul, la cual comprende dos partes distintas: primera, el exámen y descripción anatómica de las producciones vegetales sobre el cuerpo leñoso descortezado; segunda, las consecuencias teóricas que el autor cree que debe deducir: sometidas ambas al exámen de una comisión, se ha creído que merecen un informe favorable, del que vamos á tomar algunas nociones muy importantes para fijar definitivamente la opinión.

Ante todo diremos alguna cosa sobre el hecho notable que la casualidad puso á la vista de M. Trécul un día que recorria los bosques de la Luisiana en clase de naturalista viajero del museo de Historia Natural. Pasando casualmente por delante de un árbol que da la esencia llamada *hyssa angulifera*, observó el joven botánico que le habian quitado enteramente la corteza en el espacio de mas de media vara. A pesar de tan grave mutilación, habia continuado el árbol vegetando y creciendo en términos de hallarse cubierto de hojas verdes y frescas, y cargado de fruta casi madura.

Esta es una prueba á que por lo comun no resisten nuestros árboles. Pero en medio de un bosque húmedo, protegido y preservado de la influencia del calor y de la luz por arbolado inmediato, ha podido sobrevivir este árbol á pesar de tan grave lesión. La superficie del cuerpo leñoso, despojada de su corteza, presentaba en diversos sitios producciones nuevas; una especie de prominencias aisladas unas de otras y de irregular configuración. M. Trécul vió en este tronco un ejemplar interesantísimo de estudio, y se lo llevó á Paris para someterle á un exámen minucioso, y convertirse de consiguiente en objeto de los juiciosos comentarios de M. Richard, encargado del informe.

¿Qué ha resultado de este estudio, hecho con todo detenimiento? Ha resultado que las producciones nuevas que se han desarrollado en el cuerpo leñoso, accidentalmente privado de su corteza, se componen: primero, de una nueva corteza propiamente dicha; segundo, de los elementos constitutivos de toda capa leñosa, á saber: de radios medulares, de tejidos fibrosos, y de falsas tráqueas; esto es, de vasos puntuados, radiados y reticulados.

En vista de este estudio anatómico tenemos una formación de leño, que se ha hecho sobre la superficie de una capa leñosa puesta en descubierto por un descortezamiento circular y completo. Así pues estas placas, estas protuberancias son absolutamente independientes unas de otras, no tienen ninguna comunicación directa con la base de las hojas ó de las yemas que ocupan las partes superiores de los árboles; estas placas se han desarrollado, se han constituido aisladamente, pero al mismo tiempo que la capa leñosa anual que se ha formado en toda la parte del tronco situada por encima del labio superior del descortezamiento. Y puesto que en semejantes circunstancias la naturaleza se ha pasado de todo filamento radiatorio procedente de las yemas, es menester saber igualmente pasarse sin él en la expli-

cación de la nueva formación: semejante explicación será la mejor y mas general.

En todos los vegetales dicotyledones, la corteza y la madera están unidas entre sí por una capa de tejidos mixtos, á que los fisiólogos dan el nombre de *capa generatriz*, porque se completan en ella realmente todos los fenómenos del crecimiento ó aumento en diámetro. En la primavera, cuando viene el calor á despertar los fenómenos de la vegetación, se penetra de fluidos esta capa, se multiplican las celdillas que la componen, y adquiere todo el tejido la fragilidad que permite desprender tan fácilmente la corteza; sería un error creer que en este momento hay falta de continuidad entre la corteza y la madera, no hay vacío ni espacio permeable, hay un tejido reciente, y que en razón de su formación tan fresca, no puede hacer adherir sólidamente uno á otro los elementos que él separa. Ello es que siempre se verifica este despojo de la corteza, tan fácil en la primavera, no pudiendo efectuarse sin ofender la capa generatriz. Pero si se deja obrar á la naturaleza, sucede entónces que esta capa tan tierna y frágil se consolida y modifica, tendiendo por una parte hácia la madera, por la otra hácia la corteza, y quedándose en medio tal cual debe estar durante la existencia del vegetal, quedando capa generatriz, dispuesta á experimentar al año siguiente la misma amplificación, el mismo desarrollo y la misma metamorfosis. Que la savia elaborada que alimenta esta capa generatriz sea una savia descendente, que la excitación, y por decirlo así, la señal de las evoluciones que experimenta, parta de las yemas y se propague gradualmente hasta las partes inferiores, no se niega; pero siempre sucede, sin embargo, que las transformaciones se hacen en el paraje mismo, y que ántes de revestir la forma definitiva, la fibra leñosa era simple odrecilla y formaba parte de la capa generatriz.

Se ve pues que las dos teorías que al principio se creían incompatibles, se acercan sensiblemente á medida que se las estrecha. Según las ideas de M. de Mizbel, de M. Richard, la intercalación de la capa anual de los tejidos leñosos se ve á la transformación de esta capa generatriz, blanda y homogénea al principio; pero la transformación se verifica á favor de la savia descendente, y se concede que se extiende gradualmente de arriba abajo. M. Gaudichaud por su parte, sin dejar de sostener que las raíces de las yemas son las que descienden para constituir esta capa leñosa, conviene en que ellas se alimentan de los materiales por cuyo medio se prolongan. Diremos francamente que no encontramos entre ambos modos de ver diferencia muy fundamental, y si estos señores no se hubieran empeñado hace mucho tiempo en diferir de opinión, creemos que al cabo vendrían á entenderse.

Nos parece, sin embargo, que de las dos teorías, la una es, por decirlo así, una metáfora, un modo de hablar que no puede tomarse en rigor al pié de la letra. M. Gaudichaud no pretende sin duda persuadirnos que de lo alto de una grande encina la mas pequeña yema envía raíces, verdaderas raíces se entiende que se prolongan hasta la tierra. Por lo tanto, tan luego como estas raíces necesitaban modificarse para acomodarse á la base de madera verde en que se implantan, y que deben atravesar un espesor de ciento cincuenta piés ántes de llegar á la verdadera tierra, vale mas atenerse á la expresión literal, prosaica de los hechos. De este modo se vuelve á caer en la otra teoría, la cual tiene por su parte la ventaja de provocar excelentes y minuciosos trabajos, como son los de M. Trécul, y promover delicadas investigaciones en organogenia.

Las primeras impresiones de la vida.

(Véase el nº 7, pág. 111.)

Si la memoria no me es infiel, llegaban todos al fin, y pasaban una noche deliciosa. — La primera vez que vine á Londres (la cual no fué la menos fuerte de mis primeras impresiones), no hice caso de la torre, ni de la abadía de Wismenster, ni de San Pablo, ni de la columna monumental, y supliqué que se me condujera inmediatamente á casa de Ungüento-píldora.

Casi en la misma época comí la primera ostra. ¿Qué sensación tan notable! Todavía me parece que la siento deslizarse por mi garganta con su gusto de aceite de resina; y dudo aun si fué verdaderamente la ostra la que desapareció tan misteriosamente, ó si tengo que comenzar de nuevo á gustar su sabor.

¡Mi primera idea al teatro! La promesa que se me hizo de llevarme, la esperanza diferida, la condición de « si no hace buen tiempo iremos al teatro. » ¡Con qué ansiedad consulté yo, al levantarme de la cama, el cielo, las nubes, el termómetro y el barómetro! Dieron por fin las cinco. Aquel día me peiné, me lavé y me vestí sin hacerme de rogar. No me quejé ciertamente de que llenaban los ojos de jabon, y sufrí sin murmurar un daño que me hacían el peine y el cepillo. Tampoco tuvieron que decirme « estás quedo. » Iba al teatro, y en esto consistía toda mi felicidad. Tomé una taza de té sin parar en si era una infusión de la hoja china ó de deno (lo cual podia ser muy bien); y si en vez de manteca me hubieran puesto al pan un poco de serrin, no me hubiera apercibido de ello tampoco. Una

hora ántes de empezar me hallaba yo sentado ya en el salon de mi casa, impaciente, probando mi primer par de guantes blancos, temiendo que se incendiase el teatro, ó que papá no volviese de su oficina, ó que mamá no pudiese acompañarnos por haberse manchado su vestido nuevo, ó que al subir al coche de alquiler estallase alguna tempestad de granizo, piedra, lluvia y truenos, obligándonos á meternos en cama sin ver la comedia. Pero gracias á Dios, nada de todo esto sucedió: fuí al teatro, y era completamente feliz.

El reducido coliseo de una ciudad de provincia fué para mí mucho mayor y mas suntuoso que el de Covent-Garden, ó el de Drury-Lane, donde se vanagloriaba de haber asistido algunas veces el niño Thimble, hijo del sastre de mi padre. ¡Ah, y qué magnífico me pareció el palco que se habia tomado al entrar, y sus banquetas, que no me guardé bien de encontrar estropeadas ni incómodas! ¡Y el magnífico telon verde con un agujero en medio, al través del cual brillaba de vez en cuando una mirada curiosa! ¡Y los brillantes oficiales de la guarnición con sus charreteras de oro, sentados en el palco de anfiteatro y cantar en los entreactos la canción tan popular entónces

¿Puedes tú, dulce Sofia,
Olvidar á quien te ama?

Creí que cantaban expresamente para divertirme, aun cuando sospecho hoy día que serian impulsados por la frecuencia de los brindis. El patio estaba vacío: ¿porqué? Esto incomodó. La vendedora de naranjas se hallaba sentada en un rincon, y de muy mal humor. ¿Porqué no partieipaba de la alegría general? ¿Porqué no escuchaba la pieza con el mismo placer que yo, aun cuando la tal pieza era lo mas estúpido y necio que se habia compuesto, y además muy mal representada? No por eso dejé de admirar á la heroína con vestido azul, que me hizo estremecer cuando se alejó toda despeinada en un acceso de locura, y á Diegby, el director, con sus lindas botas de campana. Pues, ¿y el gracioso de la compañía? ¿Puede encontrarse otro mas lindo con su peluca rubia? ¡Con qué gracia cantó una canción sobre una pierna de carnero, al verse encerrado en los calabozos del castillo! ¡Qué música tan agradable la de aquella orquesta! Ciertamente no hubiera tocado mejor si hubiese sido Costa su director, Sivorí el primer violin, Richardson la flauta, y Bolezzini el bajo. ¿Y los regalos que nos hicieron entre las dos comedias? Unas naranjas, verdaderas manzanas de oro del jardín de las Hespérides: ¡es verdad que estaban pasadas!

Pero ¿á qué vienen esos gritos dirigidos al patio! — « Sentados, sentados, silencio, silencio. » — Y ¿porqué mis padres sonrien al observar aquel tumulto? Lo ignoro, pero yo les imito... Mas tarde no tuve precision de que se me animara á soltar la carcajada cuando en el fin de fiesta presentó el gracioso, que, intentando escalar una ventana del primer piso, cayó de espaldas con la escalera de cuerda, puesta allí expresamente para hacerle caer. Concluyó por fin el espectáculo. — ¡Cómo! ¿tan pronto? — Sí, en efecto, han bajado el telon. ¡Qué perfume tan pronunciado se percibe de cortezas de naranjas y de aceite de las lámparas! — ¿Dónde para mí schal? pregunta mi madre. — ¿Y mi capa? añade mi padre. — Me envuelven cuidadosamente entre pañuelos y repones para que no me resfrie á la vuelta. ¿Podria yo acaso olvidar esta circunstancia final? Era la primera vez que me acostaba tan tarde, y fué preciso me dieran á comer unos emperadores y un vaso de agua caliente con azúcar.

¿Quién al meter la mano en un bolsillo de su chaleco puede decir que ha olvidado el primer reloj que llevó? El mio era una saboneta de plata que tenia grabado en su interior el número 70,310, y el nombre de su autor Snoole de Chichester.

¡Feliz Snoole, que ha fabricado tantos relojes! Yo tambien era feliz; y ¿quién no lo es al poseer el que hace el 70,310? No cesaba de contemplarle, de igualarlo con los demás y consultarlo cada cinco minutos; le abría, le arreglaba, movía á derecha é izquierda sus saetas, hasta que un día ¡crac! se rompió la cuerda y se para. — ¡Cuán amables encontraba á todos los que se dirigian á mí preguntándome qué hora era! Por nada de este mundo me hubiera yo metido en cama sin colocar el reloj ántes con gran cuidado bajo la almohada. — Mas tarde puse en ella un rizo de mi amada (la primera), como una prenda que no habia de separarse nunca de mí.

¿Qué se ha hecho de aquel reloj? ¿qué del de oro que le reemplazó! ¿Dónde está el de Ginebra montado en rubis y diamantes? ¿Cuántos relojes no he comprado, vendido y cambiado desde aquel tiempo! Pero de ninguno acuerdo tanto como de mi primera saboneta, de mi reloj de plata de Snoole de Chichester, con el número 70,310.

El primer rizo de una novia me recuerda la primera de las primeras cosas, el primer amor. No creo ni puedo creer sincero y verídico al hombre que me asegura que nunca se ha enamorado, y que no se acuerda de todas las delicias y melancólicas circunstancias que acompañaron aquel grande acto de su vida. No tengais vergüenza, pues, de confesar, que vuestro primer amor os lo inspiró una niña con pantalones bordados, vuestra compañera en los juegos de la infancia (en cuanto á mí puedo asegurar que es la que he amado mas), ó la hija del director de vuestro colegio, ó la doncella encar-

gada en el mismo de la ropa blanca de los alumnos, que os parecía una silfide ó una hada aun cuando pasara de los cuarenta. Despues habeis amado á Fanny, Mina, Luisa, Sara, Marta, Enriqueta, Carlota, etc., etc., ó habeis creído amarlas; pero ¿no es cierto que conservais como yo en el fondo de vuestra alma la imagen de vuestro primer amor? — Por esto entiendo tan solo el primer amor de estudiante impreso en mi memoria con la inapetencia y el deseo de componerme, costara lo que costara; con los gemidos profundos del pecho, con el cariño á todos los padres, madres, hermanos y primos de la que se ama, y con el deseo ardiente de llegar á cumplir cuanto ántes los 24 años.

El primer hijó... — ¿Habeis sido padre? — Pues me comprenderéis entónces. Me parece ver todavía al médico, al comadron y á la altanera nodriza. Subo y bajo las escaleras con impaciencia nerviosa, y espero intranquilo en el salon á que me avisen. ¡Ah, todavía el alma!... siempre altiva, pero esta vez radiante de alegría. — Aquí está ya el recién-nacido que gesticula y se agita entre sus pañales como un diablillo. Apénas tiene un mes, ¡y cuánta inteligencia demuestra! ¡Qué hermoso es! ¡Cómo lo comprende todo! ¡Es un prodigio en verdad! Despues ha llegado el segundo, el tercero, ¿qué sé yo? Todos han sido muy lindos y graciosos; pero ninguno tanto como el primero; no ciertamente.

Espero, lector querido, que no habeis conocido nunca la impresion que voy á mencionar; pero, sin embargo, hay muchos hombres que recordarán minuciosamente la primera vez que se embriagaron... Si por casualidad sois de estos, creo que no olvidaréis jamás y recordaréis que no podiais distinguir claramente el espacio que mediaba entre dos escalones de una escalera de mano, os parecia que la tierra daba vueltas en vuestro derredor: el piso lo encontrabais blando y creiais marchar sobre nubes, cuando de repente faltándoos el equilibrio disteis con vuestro cuerpo en el duro suelo. Los maldicientes digeron que habiais tratado de escalar un balcon creyendo que era un farol, ó querido tocar la guitarra con una reja. Lo cierto es que recordais perfectamente que todo lo habiais olvidado aquel dia. ¿No es cierto tambien que os despertásteis al dia siguiente sin saber cómo y cuándo os habiais metido en cama? ¡Ah! y ¡cuán triste, arrepentido y avergonzado estabais entónces!

Dirigiéndome á lectores de la buena sociedad, debo suponer que ninguno de ellos recuerda la humillacion que sintió el que por primera vez ha hecho una visita á *Mi tío* (1), ó al primer prestamista sobre efectos que quiere socorrernos. Se me ha asegurado por algunos que se han visto en la dura necesidad de recurrir á tan querido pariente, que no pueden olvidar la impresion que les hizo la primera visita que le hicieron; la visible hipocresía con que se miran los objetos puestos al mostrador para su venta, como cubiertos de plata, relojes de oro, sortijas, alhajas, vasos de porcelena, biblias de familia, y demás artículos, con sus correspondientes precios, cómodos en extremo. Tambien me han contado la vuelta que dieron para penetrar en aquel santuario por la puerta reservada; y el horror que de ellos se apoderó al verse confundidos delante del despacho de *Mi tío* con su zapatero que iba á empeñar un par de cortes de botas. Me aseguraron que estas impresiones no se borran jamás de la memoria.

Pero despues de recorrer casi todas las primeras impresiones, me olvido de la primera vez que fui considerado como un hombre. ¡Oh circunstancias para siempre memorables! Sucedió esto á los postres de un banquete, al que fui convidado con mi hermana, que aun cuando no tenia mas que un año mas que yo, se la consideraba ya como mujer, miéntras que á mi todavía se me trataba como un chico. A los postres, pues, se retiraron las señoras, segun uso y costumbre en Inglaterra. Quedéme con mi anfitrión, que rayaba en los 50, y otro anciano casi de la misma edad. Contemplaba sonriéndome las botellas de vino, creyendo que iban á extrañar el que no hubiese yo seguido á las damas, cuando el dueño de la casa me dirigió las siguientes palabras memorables:

« Señor Carlos, dignaos serviros de esa botella y pasarla despues. »

Servíme, y conocí que al pasar la botella habia yo tambien pasado el Rubicon. Llené media copa, no sintiéndome con fuerzas para mas. Decíame para mí, ¿si acaso los convidados gozarán con mi turbacion? preguntándose en sus adentros: ¿Beberá? ¿Perderá el conocimiento? ¿Caerá bajo la mesa? Sin embargo, vacié poco á poco mi vaso, guiñando el ojo izquierdo á la manera de un gran conecedor de vinos, y alzando la copa á la altura del derecho y contra la luz. Desde entónces dos ó tres veces me han tratado con la misma ceremonia. He asistido á opulentos banquetes, y he ocupado tambien en ellos el asiento principal; pero nunca se me ha dicho en el mismo tono que la vez primera:

« Señor Carlos, dignaos serviros de esa botella y pasarla despues. »

CARLOS DIKENS.

El Simbolismo caballeresco.

Este axioma, tantas veces repetido, « la letra mata y el espíritu vivifica, » brilla en la historia de la edad

(1) Nombre que se dá en Londres al Monte de Piedad.

media como una verdad concluyente. Ateniéndose exclusivamente á las formas exteriores de la civilizacion, juzgando lo pasado por el estado de las ciencias ó de la industria, encontramos indudablemente una barbarie profunda. Pero si, por el contrario, se le estudia bajo el punto de vista de las ideas, y particularmente de las tendencias morales, se descubren nuevos horizontes, y se reconoce que una savia activa y fecunda circula bajo aquella ruda y salvaje corteza. Figurándonos aquellos peregrinos que en sus largas expediciones caminaban con los ojos elevados y fijos en el cielo, obtendremos la imagen de las generaciones que vivian al rededor de ellos. Apriados en el estrecho recinto de sus ciudades, ahogados en sus casas sin luces, los nobles, la clase media y el pueblo se lanzaban en el infinito, para buscar en él los resplandores que no les podia dar la ciencia. Elevándose así por el pensamiento sobre el mundo real, bebían la inspiracion en fuentes inagotables, y no miraban al mundo de la materia sino como el compendio, el *microcosmo* del mundo invisible en el seno del cual les introducian sus creencias. Es preciso pues, cuando se estudia lo pasado, depurar las ideas morales ó religiosas, si se quiere penetrar el verdadero sentido de las cosas.

Este órden de ideas se encuentra en todas partes, no solo en la Iglesia, que es su verdadero dominio, sino tambien en las artes, en la arquitectura, en el vestido, en el ceremonial, y hasta en los hábitos mismos de la vida. El símbolo, es decir, la abstraccion metafísica oculta bajo una forma sensible, ha dejado marcadas con su sello todas las ruinas; y la esfinge que á las puertas de la antigua Tebas decia á los viajeros el enigma fatal, resucitada en la edad media cristiana, detiene aun á los que se extravían á través de los recuerdos de lo pasado. Nosotros intentamos responderle y penetrar algunos de los misterios que encierra la institucion, que despues de la Iglesia, ha ejercido en los tiempos antiguos las mas útiles y saludables influencias: tal es la caballería.

Como la Iglesia, á la cual se une por lazos íntimos, la caballería, consagrando profundas desigualdades entre las diversas clases, tuvo sin embargo por objeto construir en el seno mismo de la religion de Cristo otra religion social, la del honor, y de mejorar al hombre, sustituyendo al egoísmo la noción del sacrificio y de la abnegacion. Tuvo sus reglas, sus ritos, ó mas bien su liturgia, su traje; y todo lo que abrazaba recibía carácter, obligaciones y enseñanza. Los pajes, los escuderos y los caballeros representaban en su gerarquía ascendente el noviciado, la ordenacion y el sacerdocio, marcando estos diversos grados con esa otra gerarquía del traje que envuelve una grande enseñanza.

Los escuderos, que correspondían á los novicios, eran jóvenes, que despues de haber sido pajes, se alistaban por mas ó ménos tiempo al servicio de los caballeros, para hacer en cierto modo el ensayo de su vocacion, y elevarse á la investidura por una serie de pruebas morales. Lo mismo que el novicio en el convento, el aprendiz en las clases industriales, el escudero, si se hacia culpable de alguna falta grave, era excluido de las órdenes de caballería. Su traje expresaba por su grande sencillez, su inferioridad respecto á aquellos á cuyo servicio estaban agregados; no podia llevar sino adornos de plata, ropillas de paño, y por un fragmento de las poesias provenzales se recoge la excesiva pobreza de aquellos vestidos. Cuenta este fragmento que el señor Amanieu des Escas, dando lecciones á sus escuderos, les prescribía expresamente distinguirse, á falta de telas preciosas, por trajes bien hechos, el calzado y birrete bien cuidados, y la propiedad de la bolsa, la daga y el cinto. Los vestidos, decia este señor Amanieu, pueden ser usados ó agujereados, pero nunca descosidos; por descosidos muestran negligencia, que es un vicio, miéntras que los agujeros solo descubren la pobreza, que no es frecuentemente sino un accidente de la fortuna, y desde luego enaltecida por Dios. Para conformarse á este precepto, los escuderos llevaban siempre en su maleta de viaje una aguja que servía para componer sus vestidos; y cuando se presentaban á la investidura, no se les juzgaba solamente por su conducta, sino tambien por su porte.

Esta investidura era por sí sola todo un poema moral y religioso, á la cual se preparaban por el ayuno y la oracion. El aspirante estaba asistido por un sacerdote y padrinos: confesaba, comulgaba, y la espada que servía para velar las armas, debía tener sus guardas en forma de cruz. Se escogía con preferencia para conferir el órden de la caballería las grandes festividades de la Iglesia ó políticas, tales como la coronacion ó el casamiento de los reyes, el nacimiento de los principes herederos de la corona, para expresar así que el caballero, elevándose á su nueva dignidad, permanecía humilde servidor de Dios y súbdito del rey. « Cuando se hace un caballero, dice la *Orden de la caballería*, se han de peinar con cuidado sus cabellos y su barba (lo cual corresponde á una ceremonia análoga, practicada en los primeros siglos cristianos con los que recibían la investidura del sacerdocio), y despues han de tomar un baño, como símbolo de purificacion; al salir del baño se acostará por algunos momentos en un lecho muy limpio, y cuando se levante se le revestirá con ropas blancas y muy finas, de lino, en testimonio de que *debe mantener limpia y pura su carne*. En seguida debe vestirse una túnica roja, para expresar que está obligado á derramar su sangre; calzas oscuras, para recordar por este color sombrío la noche de la tumba, adonde todos los hombres descendrán en su dia; un cinturón estrecho y

blanco, porque la Escritura ha dicho: *Cenirás tus riñones*. Sobre la cabeza se le colocará un tocado blanco, para recordarse que el dia del juicio final debe devolver su alma á Dios, pura y sin mancha. »

Por medio del espaldarazo, que se daba bastante rudamente con la parte plana de la espada, y algunas veces con la mano sobre las mejillas, se le advertía que debía sobrellevar con paciencia *los golpes* de la vida. En la ceremonia del espaldarazo se invocaba además del nombre de Dios el de los santos que habian postrado al demonio ó la idolatría, á S. Miguel ó S. Jorge, ó el de los que, como S. Dionisio, eran patronos del reino. El equipo militar, así como los vestidos para la investidura, tenia su significacion: la espada de dos filos enseñaba al caballero que por una parte tenia que defenderse contra la violencia y contra la injusticia, y defender por otra á los débiles y sin valimiento; las espuelas, que debía siempre estar pronto para el combate, porque la Escritura habia dicho que la vida del hombre es un combate sobre la tierra. De la misma manera, en la consagracion de los obispos, se colocaba en los pies de los nuevos dignatarios sandalias fuertemente ajustadas y sujetas al rededor de la pierna por medio de cordones, en manifestacion de que un obispo que tiene cura de almas debe estar sólidamente calzado, á fin de no escasear los viajes que está obligado á hacer en su diócesis; miéntras que los frailes y monjes consagrados á la vida contemplativa, encerrados en el claustro, como en un sepulcro, llevaban sandalias ligeras y cordones, lo cual significaba que su viaje en el mundo habia concluido sin apelacion.

« Si los hombres que no son caballeros, dice un antiguo historiador, deben profesar respeto y honrar al caballero, con mas razon debe este honrarse á sí propio, con buenas y honrosas vestiduras. » En esto, segun se ve, habla la vanidad; pero el Cristianismo recuperaba sus derechos: al lado de las aspiraciones del orgullo humano, iban siempre los preceptos de la humildad. Aquellos hombres vestidos de hierro, que por un singular contraste hermanaban con frecuencia la barbarie mas extremada á la mas perfecta caridad; aquellos hombres que próximos al término de su vida, *daban de limosna la libertad á sus siervos*, procuraban tambien hacer olvidar sus locas disipaciones. En sus últimos momentos rechazaban las armas en que se ostentaban sus blasones, los mantos con que se habian engalanado en la pompa de las córtes y de los torneos, y para reconciliarse con el cielo, muriendo como los frailes, con el cilicio y sobre ceniza: *Monachus non debet migrare nisi in cinere det cicio*; se vestían el hábito monástico. Esta transicion por lo demás era enteramente natural, porque, segun se decia en la edad media, habia una completa concordancia entre los *hábitos ó vestiduras de la clerecía y de la caballería*. La Iglesia misma aceptaba esta especie de paréntesis, y permitía á los caballeros presentarse en el coro con sobrepelliz encima de sus armaduras. A veces no se vestían solamente el cilicio, sino el sudario mismo con que habian de recibir sepultura. Los templarios, cuando se presentaban por primera vez en la iglesia del Santo Sepulcro, se envolvían en un paño mortuorio, que conservaban toda su vida, y envueltos en los cuales se les sepultaba cuando de vuelta en sus dominios les llegaba la hora suprema.

Cuando los individuos de las órdenes de caballería habian faltado á los deberes de su noble profesion, cuando habian vuelto contra su patria ó contra los débiles y menesterosos, aquella espada que su padrino les habia ceñido en significacion de *castidad y de justicia*, y cuya punta tenían hacia arriba durante la misa, en el momento en que el sacerdote leía el Evangelio, entónces se les expulsaba de la órden de caballería, aplicándoles un ceremonial conforme en muchos puntos al celebrado en la Iglesia para las excomuniones. Se les declaraba muertos como á los excomulgados, repitiendo en derredor suyo las maldiciones del salmo 108. Su blason se borraba y era arrastrado por el fango atado á la cola de un jumento. El heraldo de armas, subido en el tablado, preguntaba tres veces el nombre del culpable. El acusador le nombraba tres veces, y el heraldo respondía siempre: « No, no es ese; no, no es un caballero, porque el que tengo delante de mis ojos no es mas que un traidor desleal, y no creo otra cosa sino la *fé mentida*. » Para hacer desaparecer el carácter conferido por el espaldarazo, se vertía sobre la cabeza del paciente una vasija de agua caliente. En seguida se le colocaba sobre unas pihuelas cubiertas con un paño mortuorio, y se le conducía á la iglesia como un cadáver cuyo aspecto repugnase á la vista de los vivos.

Se ha comparado muchas veces y equivocadamente el ceremonial de la degradacion caballeresca á los ritos del secuestro de los leprosos. La analogía es puramente exterior; la diferencia moral profunda. En la degradacion del caballero lo que domina es el sentimiento del desprecio; en el secuestro de los leprosos domina la compasion. Léjos de maldecirlos, se les prodigan, aislándolos, todos los consuelos y todas las esperanzas de la religion. Se les teme, pero se les respeta, como se respetaba á Job por su mal; era la expiacion. Dios, se decia, los iniciaba por medio del padecimiento en las alegrías de la eternidad, y la misma caballería los rehabilitaba, creando la órden de San Lázaro, que en su origen tuvo por gran maestro á un leproso.

No es pues por este lado por el que hay que buscar la analogía, sino únicamente por el de la comunión. Al excomulgar á un cristiano, el sacerdote apaga y quiebra con sus pies un cirio; al degradar á un caballero, el heraldo de armas rompe su espada. Contra ambos se in-

voca á Datan y Abiron, y ambos caen vivos en el abismo de los reprobados.

Las alegorías, los emblemas simbólicos acompañaban hasta la muerte á aquellos que habian permanecido fieles á los deberes caballerescos. Su vida estaba, por decirlo así, escrita en los monumentos figurados que decoraban su tumba. Pablo Velseufride nos dice, que cuando un individuo de una familia noble sucumbia en un combate, sus parientes colocaban dentro del mismo sepulcro el asta de una lanza, en cuya punta ponian una paloma con las alas abiertas y el pico en direccion del campo de batalla, teatro de las hazañas y del fin glorioso del guerrero cuya pérdida lloraban. Esta paloma significaba que el alma del difunto, animada por el Espíritu Santo, habia subido á las regiones celestes. Por el siglo XI, las sepulturas, que hasta entónces no se habian señalado sino por simples lápidas al nivel del suelo, se colocaron en el espesor de los muros en nichos profundos que la arquitectura adornaba con sus arcos. Allí descansaban, reclinada la cabeza en cojines de piedra, estatuas de formas delgadas y feas, con pesados ropajes; y en el centro de la bóveda un niño desnudo, saliendo del sudario, sostenido por ángeles, expresaba la resurreccion. Estas imágenes, obra de un cincel grosero, no ofrecian en general sino una monotonía repetición de las mismas formas. Simulacros helados de la muerte, estaban yertos, inmóviles como ella, y hasta los primeros años del siglo XIV, no pareció que se animaban; entónces los duelos ó *llorones*, estatuas veladas cuya actitud expresaba el dolor, aligeraron como los saulos portadores de la antigüedad el peso de los sepulcros.

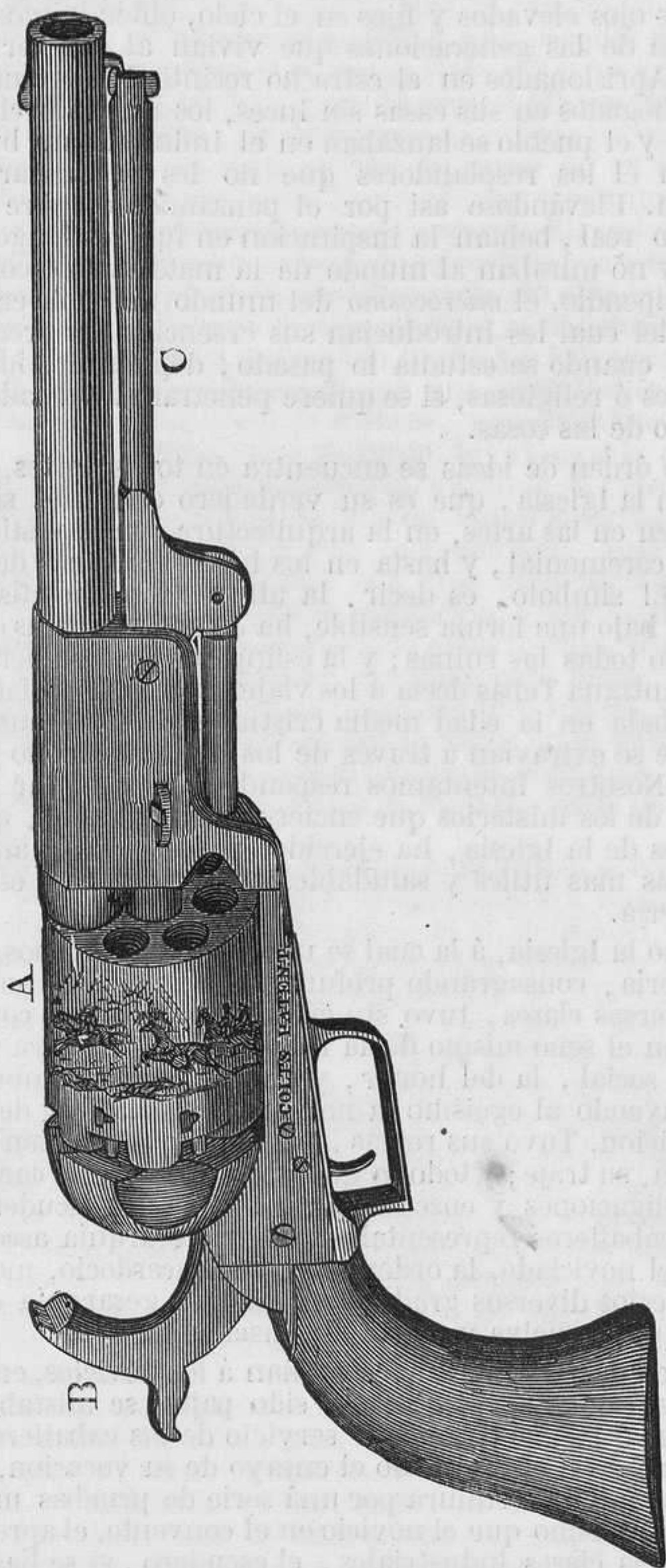
(Se continuará.)

La pistola-revolver.

Entre los bellos grabados que contiene nuestra publicación, hemos creído oportuno dar hoy el diseño de la *pistola-revolver*, cuyo nombre se halla en todas las obras descriptivas que han salido á luz sobre la California y que sin embargo es todavía desconocida ó poco usual entre nosotros. Y á la verdad no deja de ser extraño este desdeñ hacia un arma cuyo uso se ha generalizado en los Estados-Unidos, siendo tal su utilidad, que el gobierno inglés ha concedido á su inventor para establecer sus máquinas los talleres en que se constituyeron las obras de carpintería del palacio de cristal, otorgándole al mismo tiempo el transporte gratuito de los materiales que con igual objeto quiera trasportar al cabo de Buena-Esperanza.

El *Revolver* ó pistola de repetición no es una cosa reciente. Ya en 1838, el coronel Colt, que es su inventor, dió al gobierno Norte-Americano algunas carabinas construidas bajo el mismo sistema, aunque muy complicadas y de poca solidez. Luchando con un ardor invencible contra las prevenciones de los *prácticos*, no por medio de estériles polémicas, sino por repetidos trabajos, ha llegado á vencer las dificultades materiales hasta el punto de que los ejércitos americanos de mar y tierra aleccionados por una experiencia de diez años de guerra tanto en Tejas y Méjico, como en la California y sus fronteras; reclaman unánimemente el único y general uso de dichas armas. Y no es extraña esta preferencia de parte de un pueblo que ha visto los mas felices ensayos, pues el año de 1850 se observó que de dos

mil ochenta y dos pistolas puestas á prueba, no faltó mas que una, y tanto por esto como por el favorable informe de una comision de artillería en que se reconocia la ventaja de estas armas sobre todas las conocidas hasta la época, añadiéndose que nadie podia hacerlas con tanta economía como el coronel Colt, el presidente



de los Estados-Unidos á petición del ejército encargó la construcción de cuatro mil, dando cuenta de este hecho en un mensaje. Esta predilección á las armas hechas segun el sistema de M. Colt, recompensa dignamente los quince años de trabajos y cabilaciones que dicho señor ha sufrido para llegar á tan portentoso resultado.

El *Revolver*, de que damos un exacto diseño, es una pistola de seis tiros, que á esta circunstancia reúne en grado eminente la seguridad, fuerza, sencillez, consistencia, precisión, celeridad en el tiro, y garantía contra la humedad. Se compone de tres partes, principalmente, que son culata, cilindro y cañon, siendo este labrado, ó por mejor decir, rayado. La llave, que con una sola mano se prepara, sirve para punto de vista, y está demostrado por una larga experiencia que este sistema es preferible al del apoyo del seguro ó fiador, porque esta presión suele influir mucho en la menor precisión del tiro, lo que es conveniente evitar.

El cilindro A, que contiene la múltiple carga, gira sobre un eje colocado en el centro de la culata, haciendo en cada tiro un sexto de conversión. Para verificar la carga se levanta la llave B, apoyándola en una pequeña muesca, lo que permite al cilindro girar en todas direcciones y echar cómodamente la pólvora en las seis cámaras. Las balas sin necesidad alguna de taco se presentan sucesivamente bajo el punto A que, siendo una especie de palanca, las obliga á situarse en el lugar conveniente, impidiendo el efecto de la humedad aun dentro del agua.

Pero hay otra cosa que hace mas recomendable todo este mecanismo, y es que, siendo tan fácil preparar el arma y obteniéndose los seis tiros sin el mas leve obstáculo en la repetición de descargas y preparaciones, puede uno estar tranquilo llevándola en los bolsillos sin temor alguno á una desgracia imprevista. Hay con este objeto en cada chimenea (por cuya disposición se conserva cada pistón en su lugar oportuno) un punto que corresponde á un hoyo en la cabeza de la llave; de modo que, cuando la llave baja no puede girar el cilindro, ni ponerse dicha llave en contacto con el pistón, lo que hace imposible la salida imprevista del tiro, aun en el caso de un choque violento, tan temible hasta aquí en las armas de fuego.

La pistola se halla en perfecto equilibrio, no es pesada, puesto que no excede de 680 á 1800 gramas, y hasta los que por primera vez se sirven de ella, reconocen su gran precisión en el tiro. El molde ó balero, el destornillador, el bote de la pólvora y el de los pistones son los únicos accesorios de la caja, cuyos precios varían con las dimensiones y mas ó menos exquisito trabajo del arma.

Conócense seis órdenes hasta ahora, á saber:

- 1 Pistola de arzon;
- 2 — de marina ó de canana.
- 3 — de bolsillo, cañon 0^m 075;
- 4 — cañon 0^m 100;
- 5 — cañon 0^m 125;
- 6 — cañon 0^m 150.

Hay asimismo carabinas construidas bajo el mismo principio.

Recomendada esta arma por un oficial francés y después de tributarla mil elogios, concluye así su carta dirigida al Sr. Director de la *Ilustracion*: «Creo inútil decir mas acerca de una arma de este género, á la cual deben los Americanos, segun ellos mismos confiesan, la posesion de la Florida. Su importancia seria inmensa en la Argelia, sobre todo donde los pequeños destacamentos pueden á cada momento verse obligados á contener sublevaciones imponentes por el número. Nuestra inferioridad seria incalculable si con nuestro armamento actual tuviésemos que pelear contra un enemigo provisto de las armas del coronel Colt.»

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda : uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Francisco de California.	16	»
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»			
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»			
Para el Paraguay.	16	»			

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripción se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA Y C.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	Eug. DIDIER.	Demerara.	Richard HAYNES.	Quito.	Alfonso PRIEUR.
La Habana.	ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	P. J. LOSS.	Río Hacha.	J. Manuel GOENAGA.
Arica.	BILLINGURST Y TAYLOR.	Guayaquil.	Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	MASSEY, FINANCE Y C.
Arequipa.	J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra.	A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	José MACIAS.	Santa Maria.	Manuel ABELLO.
Buenaventura.	VASQUEZ CORDOVA.	Maracaibo.	P. CASAX.	San Juan de Nicaragua.	Jean MESNIER.
Bogota.	SIMONNOT.	Matanzas.	F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	Felipe LAY.
Buenos Ayres.	CLARMONT.	Maturin (Cumana).	P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	Andres ARCHIMBAUD.
Id.	LUCIEN Y Ca.	Monpos.	J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	Pascual EZQUERRA Y GIL.
Caracas.	J. C. CORBIN.	Méjico.	BOIX, BESSERER Y C.	San Tomas.	BENEDETTI.
Id.	Emile PHILIP.	Montevideo.	A. LAS CAZES.	Tacna.	Carlos BASADRE.
Cartajena.	H. P. DE LA VEGA.	Panama.	SMITH Y C.	Tampico.	A. DELILLE.
Cali.	J. Maria CANADAS.	Popayan.	Rafael IRURITA.	Valencia.	Achille LETTERON.
Ciudad Bolivar.	THIRION.	Porto Cabello.	Rafael ROJAS.	Valparaiso.	Pascual EZQUERRA Y GIL.
Cumana.	A. PESQUERA.			Vera Cruz.	Juan CARREDANO.